Potencia de la dulzura

Anne Dufourmantelle

NOCTURNA
editora

Argentina - Agosto 2022

¿Cómo gestionar la imposibilidad de volver a imprimir "Potencia de la dulzura" con la materialidad que habíamos imaginado y llegado a concretar para él? Ilustraciones acuareladas a cuatro colores[1] , pinceladas en movimiento, un tipo de papel, el lomo cosido, un formato excedido: todas las variables disparándose día a día y tornándose económicamente inaccesibles.

Si tomamos al libro como materialidad viva, este no es sin el contexto que lo hace posible. Teniéndolo en cuenta intentamos resistir introduciendo pequeñas variaciones que acortaran distancias, que restaran complejidades. Pero aún así, los costos se nos escapaban.

Entonces fue necesario un gesto de dulzura, renunciar a la fijeza de esa forma anhelada y liberarlo, dejarlo despojarse de lo que ya no tiene su fuerza vital, de lo que ya no dialoga con lo que lo rodea. Entregarlo a su poder de metamorfosis, de transformación secreta, silenciosa.

Hoy, la dulzura se asoma en una tinta que corre y se expande a pinceladas en una superficie cruda, desnuda y recortada... dónde podremos rastrearla la próxima vez que volvamos a imprimir el texto, no lo sabemos.

Esperamos que este libro metamorfoseado acompañe la invitación que hace este texto, la de aproximarnos a la dulzura en toda su fuerza de transformación.

1 Las ilustraciones que conformaron el interior de la primera edición de "Potencia de la dulzura" liberadas, pero acompañando las letras, siguen contando la metamorfosis por otro medio y los invitamos a descubrirlas por acá...



Dufourmantelle, Anne

Potencia de la dulzura / Anne Dufourmantelle. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Amalia Federik, 2021.

144 p. ; 160 x 190 cm.

Traducción de: María del Carmen Rodríguez.

ISBN 978-987-88-0276-3

1. Clínica Psicoanalítica. I. Rodríguez, María del Carmen, trad. II. Título.

CDD 150.195

Segunda edición, septiembre de 2022. Nocturna editora

Primera edición, julio 2021. Nocturna editora / Archivida ediciones

Título original: *Puissance de la douceur*

Traducción del francés: María del Carmen Rodríguez

Diseño de portada: Rym Tarfaya

Diagramación: Gabriela Mendoza

La dulzura es invencible

MARCO AURELIO

Nota de traducción

La dulzura, "antecedente" (y dejemos que la idea resuene), es "un cuerpo de antes del cuerpo", escribe en algún punto del presente libro Anne Dufourmantelle, y esta nota "de antes del cuerpo" de la traducción surge de la necesidad de aclarar ciertas acepciones, connotaciones y rasgos de habla, así como también ciertas características del estilo de la autora, que nos han guiado en el camino abierto entre ambas lenguas, en el "entre-lenguas", para optar por tal o cual término en nuestro trabajo y dejarnos pensando.

La palabra *douceur* es mucho más frecuente en francés contemporáneo que "dulzura" en castellano, ya que abarca un amplio espectro de significaciones. En principio, es la calidad de lo que es *doux,* a saber, "agradable", a los sentidos. En el caso del gusto, si bien se aplica especialmente a lo que solemos llamar "dulce", preparar *des douceurs* es preparar "delicias", sean dulces o saladas, y lo que se opone en francés a lo "salado", *le salé,* es lo "azucarado", *le sucré,* derivado de *sucre,* "azúcar", de donde se derivan también les *sucreries,* que equivalen a los

"dulces", las "golosinas" y otros sustantivos en nuestra lengua. En lo que concierne al olfato y a la vista, se puede hablar de la *douceur* como "suavidad" de un perfume o de un color, de los colores tenues, e incluso de la *douceur* de las formas, cuando no son duras, con muchas rectas, o angulosas (nadie hablaría, por ejemplo, de la *douceur* del cubismo). En cuanto al tacto, también se trata de la "suavidad" o de la "tersura": de la piel de un niño, del terciopelo, de la seda... En lo que respecta al oído, se puede hablar de la *douceur* ("suavidad") de una voz, o de tal o cual obra musical apacible, plácida, reposada. En este sentido, la *douceur* se enlaza con la calma, con la tranquilidad, incluso con la lentitud: si le pedimos a alguien que hable *doucement*, le pedimos que hable con más calma, que no vaya muy rápido o que baje el tono. Un clima *doux* es un clima agradable, en general templado, cuando de temperatura se trata; un estilo *doux* es, en todos los órdenes, un estilo natural o armonioso, y cuando hablamos de un aterrizaje *doux* es porque ha sido "suave" o "tranquilo". Llegados a buen puerto, ciertos pequeños placeres son *des douceurs*, por qué no les *douceurs* de las vacaciones, y lo que no es duro, riguroso, severo o fuerte puede, en general, ser *doux* ("leve" o "blando"), por ejemplo -y no es un oxímoron-, un castigo *doux*, que puede recibirse, llegado el caso, por el consumo de una droga *douce* ("blanda"). Dicho esto, en la mayoría de sus variantes (agradable, tranquila, calma, apacible, plácida, suave...), la *douceur* es en cierta forma lo que se opone

a los exabruptos, a la dureza, a la severidad, y parece haber una idea de base, diversificada, que nos lleva en cierto modo al "principio de placer" o a un displacer amenguado.

En cuanto a "dulzura" en lengua castellana, si bien en el diccionario de la RAE aparece la opción de "suavidad" o "deleite", son acepciones que han caído un poco en desuso, y no cubren en modo alguno el abanico de significados y connotaciones vigentes en el uso cotidiano de la lengua francesa. Incluso cuando consideramos un sentido que ambas lenguas comparten, el de la *douceur* o la "dulzura" de un carácter, de un gesto, de una persona, "dulzura" emparentada con la "ternura" (*tendresse*), constatamos que la palabra circula con mucha más frecuencia en francófonos lares, dado que en el registro de los vocativos afectivos, en el día a día, allí donde en castellano empleamos "querido", "querida" o "cariño", los franceses pueden emplear, entre otras expresiones, "*mon doux*" o "*ma douce*" ("mi dulce"), términos breves o cantarines que a la dulzura remiten. "Dulce" y "amargo" dan lugar del mismo modo, por la adjunción del sufijo "-ura", a "dulzura" y a "amargura" en nuestra lengua, mientras que sobre la base del adjetivo *amer* ("amargo") se forma, en francés, *amertume* (vocablo cuatrisílabo que tiene su peso, el de amargura misma, se diría), y a partir del adjetivo femenino *douce* se forma el sustantivo *douceur*, cuya segunda sílaba se estira suavemente, con lentitud, cuando se la pronuncia, como si hiciera resonar al mismo tiempo el conjunto de las

connotaciones que evoca. Breve como "*douceur*" sería "dulzor", vocablo tan bello como poco usitado en nuestros días, aunque no inusitado en andares poéticos, desde "Los placeres y dulzores / de esta vida trabajada / que tenemos", que "no son sino corredores, / y la muerte, la celada / en que caemos" (Jorge Manrique, "Coplas por la muerte de su padre") hasta un poema del revolucionario *Trilce* (el XXVII), de César Vallejo: "Me da miedo ese chorro, / buen recuerdo, señor fuerte, implacable / cruel dulzor. Me da miedo. [...] Yo no avanzo, señor dulce, / recuerdo valeroso, triste / esqueleto cantor". Huellas de la ambivalencia de la dulzura, dulce soñar, cantillación, arrullo de la vida y, a la vez, celada de la muerte, cruel dulzor, a los que a su tiempo llegaremos en este libro...

Pero "la dulzura no tiene tiempo, es también el tiempo. Envuelve la temporalidad por entero", escribe en otro punto la autora, que abarca un gran arco temporal para enfocar su tema, comenzando por el griego antiguo y el latín del que surgieron todas las lenguas romances. De traducción en traducción, todos los textos de la cristiandad (San Francisco de Asís, los místicos renanos, tantos otros) tienen la gracia de la "dulzura" ("dulzura" o "deleite" de la visión divina) en lengua castellana, como la tienen la de los místicos españoles y los poetas. Ritmo de ser mecido por el "Dulce soñar y dulce congojarme, / cuando estaba soñando que soñaba; / dulce gozar con lo que me engañaba, / si un poco más durara el engañarme", de Boscán, y de seguir la estela de la "dulzura" que hizo las

delicias de los poetas del Siglo de Oro español, entre ellos, Lope de Vega y Góngora, y siguió dulcificando a la poesía, verso a verso, hasta "La secreta dulzura del dolor", de Juan Gelman ("la secreta dulzura del dolor // es transparencia / sale // de la furiosa resignación del sueño ///"), pasando por tantísimos poemas como "Dulzura", de Gabriela Mistral, y por innumerables versos de Sor Juana Inés de la Cruz, Alfonsina Storni (en "Dulce tortura", en "Siesta", donde "Una larga serpiente. / Ondula con dulzura. / Por las piedras calientes"...), de Neruda o de César Vallejo, una vez más en *Trilce* (LXXII): "Y la dulzura / dio para toda la mortaja / hasta demás". La dulzura sigue palpitando, ambigua y en voz baja, en la poesía de nuestra lengua, tal vez en su carozo, aunque no se haga notar tanto en el habla cotidiana como se hace notar en el habla de la lengua francesa de la que partimos.

Anne Dufourmantelle pone en juego todas las acepciones, las connotaciones y los registros de la palabra "dulzura" en su lengua, también sus "sentimientos colindantes" (benevolencia, compasión, protección), pero no los suma para aproximarse a la idea, no hace de la "dulzura" un conjunto unívoco sino una idea compleja que puede incluir incluso a su contrario, la crueldad, o habitar la melancolía, una idea que palpita ambigua y en voz baja como la "dulzura" en la poesía que excede toda lengua, una idea "más acá" del bien y del mal que es también una suerte de personaje en acción, de modo tal que es preciso que la nombremos

a ella, la protagonista omnipresente, por un solo nombre. Por tal razón traducimos, en la medida de lo posible, *douceur* como "dulzura" y *doux* como "dulce", aunque a veces parezca un tanto forzado, y cuando se nos hace imposible la traducción directa, como en el caso de las expresiones *en douceur* o *en douce*, por ejemplo, señalamos dicha expresión, entre corchetes (toda aclaración entre corchetes, incluso en las notas de la autora, son nuestras), en el cuerpo del texto, al lado de la expresión traducida, para que la resonancia se produzca por contigüidad. Traducimos directamente las citas cuyo original está en lengua francesa (de Lévinas o Victor Hugo, por ejemplo), visitamos versiones clásicas en castellano cuando se trata de traducciones del latín o del ruso, y las adaptamos siguiendo el mismo criterio. Consultada a propósito de dos pasajes citados de Platón y de Sófocles, Ivana Costa nos hizo el don de traducirlos directamente del griego (para placer de los lectores) con una espontaneidad y un entusiasmo, contagioso, que siempre le agradeceremos.

Y todo nuestro inmenso reconocimiento a Nocturna y a Archivida por haber puesto este libro en nuestras manos, con una confianza a la que esperamos poder responder haciendo palpitar, a hurtadillas, en el espacio silente, lo que se lee en el entre-lenguas y en los intersticios del texto, para que quien asuma la escucha o la lectura encuentre sus propias notas, no las que están a pie de página numeradas (por la autora) o señaladas con asteriscos (por la traductora), sino tantas otras notas menos literales que

en más de un sentido se pueden oír, vislumbrar o pescar con caña fina en los pasajes argumentativos, narrativos o poéticos de este texto en que una idea echa raíces, se diversifica en la historia, en la literatura y en la escucha analítica, y sin embargo queda abierto en los resquicios para invitar al otro a participar, como una mano tendida. Sutil y delicadamente. Con dulcedumbre.

María del Carmen Rodríguez

Introducción

La dulzura es un enigma. Incluida en un doble movimiento de acogida y de don, aparece en las lindes de los pasajes que signan nacimiento y muerte. Por tener grados de intensidad, por ser una fuerza simbólica y poseer un poder de transformación sobre las cosas y los seres, es una potencia.

Una persona, una piedra, un pensamiento, un gesto, un color... pueden dar muestras de dulzura. ¿Cómo aproximarse a su singularidad? Su aproximación es arriesgada para quien desea delimitarla. En muchos aspectos, tiene la nobleza feroz de un animal salvaje. Al parecer, sucede lo mismo con algunas otras especies escasas. La inocencia, el coraje, el deslumbramiento, la vulnerabilidad, al margen de los conceptos examinados por la gran historia del pensamiento, son también observados con inquietud por la filosofía. Obligan a una elasticidad inédita, ya que no se dejan definir solo bajo el ángulo del valor ni contener en la descripción de su fenómeno.

Podríamos ceñirnos a situarla en una frecuencia de delicadeza, transcribir su amplitud. Pero la intención que la anima desaparece

entonces, reduciéndola a no ser más que una suerte de clima. ¿Quién siente "la dulzura" de un acto, de un pensamiento, de una cosa? ¿Su destinatario? ¿El que lo concede? ¿Puede darse sin testigo ni autor? El sosiego, la delicia o el tacto son beneficios tanto espirituales como físicos. Esa es una de las tantas paradojas de esta noción que parece flotar en las esferas del ideal: solo manifiesta su potencia porque es también muy sensual.

La dulzura provoca violencia, ya que no le ofrece ninguna presa posible al poder. Dostoievski, Melville, Hugo, Flaubert o el Tolstoi de "Amo y criado" hacen que su fuerza inasible se oponga a la injusticia. De tal suerte que condena a los ojos de los hombres a aquel que la encarna. Desde el príncipe Myshkin hasta los vagabundos de Hamsun, aquellos a quienes se ha dado en llamar los inocentes no saben que son portadores de una dulzura que los destina a la errancia y a la soledad. Su contigüidad con la bondad y la belleza la vuelve peligrosa para una sociedad que por lo que más se siente amenazada es por la relación de un ser con lo absoluto.

Tanto en el orden simbólico como en ciertas artes marciales, la dulzura puede dar vuelta el mal y deshacerlo mejor que ninguna otra respuesta. Nada puede obligarla ni comprometer a otro en ella. En nuestros días, se nos vende la dulzura en la forma adulterada de la puerilidad. Exaltándola en lo infantil, la época la niega. Es así como se intenta poner fin

a las altas exigencias de su sutileza: no combatiéndola sino atenuándola. El lenguaje mismo se encuentra al respecto pervertido: lo que nuestra sociedad destina a los seres humanos que destroza "suavemente" [*"en douceur"*] lo hará en nombre de los valores más elevados: felicidad, verdad, seguridad.

Si el amor y la alegría tienen afinidades esenciales con la dulzura, ¿es porque la infancia guarda su enigma? Porque la dulzura tiene, con la infancia, una comunidad de naturaleza, pero también de potencia. Es su doble secreto, allí donde lo imaginario se reúne con lo real en un espacio que incluye su propio secreto, haciéndonos experimentar un estupor del que nunca se vuelve por completo.

Aproximación

Siempre me pregunté, sin encontrar
nunca una respuesta, de dónde vienen
la dulzura y la bondad. Aún hoy no lo sé.
Gottfried BENN

En latín, *dulcis* significa todas las dulzuras posibles, y *suavitas* califica a Dios mismo. La mística renana llega incluso a encontrar en la nada una dulzura incomparable. Pero la filosofía no la trata como tal: ni concepto, ni tan solo un uso, la dulzura requiere reconocimiento pero no se pliega al juicio. Su aparente simplicidad es engañosa. Y sin embargo hay, desde siempre, testimonios de su singularidad. Es una pasividad activa que puede devenir una fuerza de resistencia simbólica prodigiosa, y a tal título estar, a la vez, en el centro de la ética y de lo político. Su elaboración es también un arte de vivir que requirió milenarios. El refinamiento, por cierto, se hizo tanto en la crueldad como en la dulzura. No hay cultura que no haya desarrollado una sin perseguir la otra.

La dulzura es inquietante. La deseamos, pero es irrecibible. Cuando no son despreciados, los dulces son perseguidos o santificados. Los abandonamos porque la dulzura como potencia nos opone en realidad a nuestra propia debilidad. La literatura nos ha dado de esos dulces figuras memorables, en especial Billy Budd, la sirvienta de "Un corazón sencillo", el pequeño Mohune y tantos otros; la mayoría de ellos terminan en el asilo, en la prisión o muertos. La extrañeza de su dulzura escandaliza.

¿Cómo hacer oír la falta de la dulzura en la existencia, la memoria, la fragilidad de los seres? Esa falta casi no es audible, ni siquiera sé si es verdaderamente percibida. Aparece de modo implícito en la norma cada vez más presente que hace pesar una sociedad que se quiere democrática y liberal, pero cuya lógica consumista hace que los seres se indiferencien en una economía que no sufre ningún "estado de ánimo".

La dulzura es una fuerza de transformación secreta que prodiga la vida, enlazada a lo que los antiguos llamaban justamente potencia. Sin ella, ninguna posibilidad de que la vida crezca en su devenir. Creo que la potencia de la metamorfosis de la vida misma se sostiene en la dulzura. Cuando el embrión deviene recién nacido, cuando la crisálida deja que la mariposa eclosione, cuando una simple piedra deviene la estela de un espacio sagrado en los jardines de Kyoto, hay ahí,

como mínimo, dulzura. Escuchando a quienes vienen a confiarme su desamparo, la oí atravesar cada experiencia vivida. Experimenté su fuerza de resistencia y su magia intangible en el secreto de lo que se llama "la transferencia". Pero sin duda ya la había percibido, siendo niña, en la relación sensible con cada cosa.

La dulzura llama al cuerpo, es decir, a la idea de un cuerpo que la dulzura encarnaría y desencarnaría al mismo tiempo. Se puede imaginar que la brutalidad se disuelve en contacto con el agua uterina que protege al bebé, pero no siempre. La dulzura no pertenece solo al género humano. Es una cualidad cuyos registros infinitos van más allá del reino de lo viviente.

Orígenes

La vida deposita la dulzura en nosotros desde el origen. Creemos asirla en la fuente –niño abandonado al sueño, gusto azucarado del seno materno, voz que arrulla, salmodia, caricia–, la adivinamos en otra parte: en el movimiento del animal, el arribo de la oscuridad en verano, la tregua de un combate, el encuentro de una mirada. Se la reconoce en el lecho de los moribundos, en su mirada que atraviesa su agonía sin fiebre, pero incluso allí no se deja asir. La dulzura viene a apaciguar la fiebre de los amantes y le opone al verdugo un último aliento contra el cual él no puede hacer nada.

Se dan muestras de dulzura. Se da prueba de dulzura. Se dulcifica el fin de una vida, su comienzo. La dulzura es un enigma en su simplicidad. Entraña un reconocimiento de su propia evidencia. Emisora y receptora, pertenece tanto a la caricia como al pensamiento.

¿Es, originariamente, una cualidad del ser? ¿Una experiencia? ¿Una ética? ¿Una mentira? ¿Hay una sensorialidad primitiva que habría identificado, un día, a la dulzura?

Llegada de lo más lejano de la memoria de la vida, allí donde madre e hijo no son sino uno, cuerpos fusionados, la dulzura evoca un paraíso perdido. Un antes original que sería un albor. Pero habrá habido, desde el comienzo, violencia, terror, asesinato. El mimetismo y la rivalidad que hacen llamear al odio; ninguna palabra sin traición ni civilización que no atraiga la crueldad más refinada. El paraíso está perdido desde siempre si se lo remite al origen, y esa constatación no incumbe solo a los melancólicos. Vivir es una conquista arrancada a esa pasión de la pérdida que es también un engaño; las epopeyas, los relatos, los mitos lo recuerdan. Hay que tener el coraje de no asentir a ese edén perdido, ya que es un terrible error que preparará el terreno para todos los resentimientos por venir. Le dará razón al sacrificio.

La dulzura llega también *después* de la separación, la rasgadura de la respiración, después del hambre, después de la angustia, después del grito.

Estremecedora, pacificadora, peligrosa, aparece en el borde. Del otro lado, una vez franqueado el umbral. Vacío, pleno, espacio, tiempo, cielo, tierra: ella hace efracción entre los signos, entre la vida y la muerte, entre el origen y el fin. Irreductible a los registros de los sentimientos colindantes: benevolencia, protección, compasión. Es fronteriza porque ella misma ofrece un pasaje. Al difundirse, altera. Al prodigarse, metamorfosea. Abre en el tiempo una cualidad de presencia en el mundo sensible.

La dulzura inventa un presente amplio. Se dice prodigar dulzura, reconocerla, darla, recogerla, esperarla. Es el nombre de una emoción cuyo nombre hemos perdido, llegada de un tiempo en que la humanidad no estaba disociada de los elementos, de los animales, de la luz, de los espíritus. ¿En qué momento el género humano tomó conciencia de ella? ¿A qué la opuso cuando vida y supervivencia estaban confundidas?

Animal

De la animalidad, la dulzura guarda el secreto. Un fundamental y paradójico salvajismo tan ajeno a toda forma de domesticación como la infancia. No siendo solo propia de la condición humana, traza sus límites. Tan cerca de la animalidad como para confundirse a veces con ella, la dulzura se experimenta hasta el punto de hacer posible la hipótesis de un instinto que le sería propio. Sería el rasgo de una "pulsión de dulzura" primera, de protección, de compasión –incluso de bondad–. Un instinto lo más cerca posible del ser, que no estaría solamente afectado a la conservación de sí, sino también a la relación.

Lo que el animal desarma por adelantado, en su crueldad misma (fuera de los registros de la barbarie humana), es nuestra duplicidad. El sujeto humano es un sujeto divido, exílico. Si la dulzura del animal nos toca así, es, sin duda, porque nos viene de un ser que coincide consigo mismo casi por entero.

Cuidar

En el comienzo, animales y humanos pasan por los mismos estadios. Sin cuidados, ¿sobreviviría un recién nacido? ¿No es preciso que esté protegido, rodeado, que sea hablado, pensado, imaginado, para que pueda realmente *llegar* al mundo? ¿Qué deviene cuando la dulzura falta absolutamente? El cuidado del pequeño mamífero por su madre es otro nombre para decir el envolvimiento de lo que no terminó de crecer y se encuentra amenazado en su integridad. El estudio de las primeras afecciones muestra que tanto el cuerpo del bebé como el del animal guardan en su memoria todas las intensidades (y todas las carencias) que les han sido prodigadas. Toda vulneración grave pondrá en peligro, ahora o más adelante, su capacidad de supervivencia.

Ciertos filósofos del otro lado del Atlántico llamaron a este pensamiento el "*care*", ya que esta noción les permitía hablar de la vulnerabilidad de los seres de manera inédita. Hacer los gestos apropiados para frenar la enfermedad, cerrar la herida, apaciguar el dolor: el cuidado está asociado desde el inicio de la humanidad a la dulzura. Expresa la intención del

bien, de lo que se da más allá del acto médico o la sustancia analgésica. Los que se ocupan de los grandes prematuros lo saben, ya que el misterio de la sobrevida de esos bebés tan frágiles, pero con una resistencia a veces inaudita, se debe quizás a que una palabra, un gesto, les hayan sido prodigados con ternura. La dulzura, ¿alcanza para curar? No está provista de ningún poder, de ningún saber. La aprehensión de la vulnerabilidad de un prójimo no puede darse, en un sujeto, sin el reconocimiento de su propia fragilidad. Esta aceptación es una fuerza, hace de la dulzura un grado más elevado, en la compasión, que el simple cuidado. Compadecerse, "padecer con", es experimentar con el otro lo que él experimenta, sin ceder a ello. Es poder dejarse afectar por un prójimo, por su pena o su dolor, y contener ese dolor llevándolo a otra parte.

Pero la dulzura no es solo un principio de relación, sea cual fuere la intensidad que la anima. Abre el camino a lo que es más singular en los otros. Si la atención de la dulzura, en el sentido en que la entendía Patočka del "cuidado del alma", señala hacia nuestra responsabilidad de ser humano para con el mundo que nos rodea, los seres que lo componen y hasta los pensamientos que en ellos ponemos, incluye una relación de familiaridad con el animal, con el mineral, con el vegetal, con lo estelar.

Inteligencia

La dulzura es primero una inteligencia, de la que engendra la vida, la salva y la acrecienta. Por dar pruebas de una relación con el mundo que sublima el asombro, la violencia posible, la captación, el miedo en puro consentimiento, puede modificar cualquier cosa y cualquier ser. Es una aprehensión de la relación con el otro cuya quintaesencia es la ternura.

La filosofía desconfía de las emociones. Durante mucho tiempo, estas fueron un simple factor de oscurecimiento o de desviación de la razón. Solo el pensamiento podía decantar lo sensible hacia lo inteligible. Y constreñirnos a considerar la sabiduría fuera de los territorios de la afección, del cuerpo y de los humores sensibles. Pedirles a los instrumentos de la razón que se apliquen a la dulzura es una efracción de un orden de saber hacia algo que, precisamente, se sustrae a ellos. Sin embargo, aquello a lo que la dulzura nos convoca, pensar el valor de lo que nos altera "hacia el bien" y se dispensa en consciencia, es esencial. Como supone la relación del sujeto con la alteridad, su cualidad no designa solo la sustancia o la atmósfera que libera,

sino aquello que en ella establece lazos: "*intelligere*". Su privilegio es el acuerdo. Tiene en cuenta la crueldad, la injusticia del mundo. Ser dulce con las cosas y los seres es comprenderlos en su insuficiencia, su precariedad, su inmadurez, su tontería. No es querer aumentar el sufrimiento, la exclusión, la crueldad, e inventar el espacio de una humanidad sensible, de una relación con el otro que acepta su debilidad o lo que pueda en sí decepcionar. Y esta comprensión profunda compromete una verdad.

No se puede sino constatar la violencia, el fanatismo, la brutalidad, el cinismo: reinan tanto en el servilismo como en el poder y no dejan de ser ejercidos para cualquier fin útil. Pero si la dulzura puede tener la inteligencia de aprehender la violencia, inclusive a veces en su necesidad o porque tiene en cuenta su historia, lo inverso no es cierto. Y constituirá siempre la nobleza de los dulces poder, sin condenar, posar una mirada sobre lo que devasta y sobre lo que los violentos devastan.

Hay un arte que ilustra de otro modo la inteligencia inherente a la dulzura: el arte ecuestre, que supone el entendimiento entre el hombre y el animal a un alto grado de refinamiento y de complicidad. Se trata, en el caso de uno, de comprender (de adivinar, de tolerar) al otro hasta el punto de ser aceptado por él. El caballo puede ser guiado, adiestrado, embridado, golpeado con la fusta, mas solo estará en armonía con

el caballero si este sabe encontrar con dulzura la ligereza de la mano y el movimiento con el que ajustarse a la andadura del animal. Hay en la equitación un arte de la dulzura que no se puede comparar con ningún otro. Esta maestría tiene una historia tan larga como la domesticación del caballo, requirió siglos para encontrar sus reglas, su valor, su ética. Y este entendimiento no se da de una vez para siempre, vuelve a jugarse cada vez.

En potencia

Ciertas cosas son llamadas a realizarse según un principio intrínseco a su naturaleza. Serán llamadas: *en potencia*. Conllevan un proceso en sueño en su propio devenir. Presentes en lo más íntimo de lo viviente, son una germinación (*dýnamis* en griego) cuyo despliegue depende del tiempo mismo. La condición *sine qua non* de la expresión de esa posible persistencia de lo viviente. El movimiento de la vida consiste en crecer o decrecer, no hay suspenso. Solo la idea admite la neutralidad, pero en el tiempo y en lo real hay crecimiento o repliegue (desintricación, diría Freud).

Aristóteles identificó la potencia[1] como la capacidad de un ser para crecer en su devenir. Un grano contiene un árbol "en potencia" aunque en su realidad material nada permita discernirlo. Es un principio endógeno que encuentra en su proceso, a la vez, su límite (no se podrá hacer que esa semilla devenga una rosa o un paraguas) y su cumplimiento (el sauce

1 "Las potencias pueden referirse a un mismo género; todas ellas son principios, y se ligan a un poder primero y único, el del cambio, que reside en otro ser en tanto que otro", Aristóteles, *Metafísica*, Libro noveno, I, "De la potencia y de la privación".

"realiza" el grano por entero). La dulzura como potencia determina la maduración de lo que hasta entonces está inactivado en la cosa misma. Cuando el embrión se desarrolla, "respira" en el líquido amniótico hasta el noveno mes de gestación. Sus pulmones están todavía en espera de activación. Y es aún muy difícil para los especialistas del desarrollo del embrión comprender cómo, y por qué señal, esa respiración pulmonar *en potencia* llega a realizarse. Uno puede quedar embargado de vértigo ante la complejidad del funcionamiento de las señales neurobiológicas necesarias para tal finalidad y, no obstante, deslumbrado por la simplicidad y la evidencia con la cual el primer grito del recién nacido determina esa metamorfosis. Es una misma pregunta, en el fondo, la que se plantean los embriólogos a propósito de las células madre o de los pulmones: ¿cómo "sabe" la célula lo que debe cumplir? Algo que, entre los antiguos, se enunciaba así: ¿en qué momento llega el alma para "dar forma" e insuflar a la materia? Ella, que contempla las formas perfectas, ¿tiene en su memoria –prueba de la reminiscencia– la idea de la dulzura? La pregunta queda en suspenso.

Esta fuerza de metamorfosis será abordada de muchas maneras por los filósofos. El fundamento ontológico propuesto por Spinoza es el del *conatus*, es decir, el esfuerzo por perseverar en el ser. Nietzsche rechaza esta hipótesis esbozando la sustancia misma del concepto de "voluntad de poderío". Considera que es "la impulsión vital la que, por su naturaleza,

aspira a una extensión de poderío y, por ello mismo, a menudo cuestiona y sacrifica la conservación de sí". Aún más que la perseverancia del ser del *conatus* spinoziano, la voluntad de poderío nietzscheana parece estar en las antípodas de la dulzura. Su expresión contraria: fuerza, intensificación de la eclosión de vida y metamorfosis del devenir asintiendo a ese mismo devenir. Sin embargo, en *Ecce Homo*, Nietzsche plantea la dulzura como temible fuerza de resistencia al poderío. Fuerza ambivalente que nace de un mundo enfermo de debilidad, pero fuerza aún más extraña que toda debilidad. La dulzura es a veces una decantación que requiere, en su principio, una inmensa energía reunida, contenida y sublimada hasta volverse inmaterial. Puede ser, por eso, una activación de lo sensible en inteligible. Sin ella, ¿habría un pasaje posible entre estos órdenes?

La fiesta sensible (I)

Nothing but stilness can remain
when hearts are full / Of their own sweet-ness,
bodies of their loveliness.
W. B. Yeats

La dulzura es la ocasión de una fiesta sensible. El tacto y lo táctil, el tocar,[2] el gusto, los perfumes, los sonidos abren su acceso. Si bien puede

2 En el original francés : « *Le tact et le tactile, le toucher* ». Si bien *le tact,* originariamente, se refería al tacto (derivado, como *tactile,* del latín *tactus*) como uno de los cinco sentidos, *le toucher* (literalmente: "el tocar") reemplazó después del siglo XVII al sustantivo *tact,* actualmente utilizado con sus otras significaciones fácilmente deducibles a partir de las que "tacto" tiene en lengua castellana (por ejemplo: tener "tacto", habilidad o delicadeza para tratar a las personas en ciertas situaciones, etc.). En la secuencia, la autora tiene en cuenta tanto la etimología como sus derivaciones, de modo tal que se refiere, considerando la raíz latina, al "tacto" (suerte de delicadeza y de intuición) y lo "táctil" antes de llegar a la expresión "el tocar" (único de los cinco sentidos representado en francés por un verbo), que traducimos aquí literalmente, en lo sucesivo, porque ambas formas coexisten en el texto: de hecho, "el tacto", más adelante, será "la inteligencia del tocar".

incluir violencia en la fragilidad, ser bella, erótica, entrar en una danza sagrada con el cuerpo del otro, deseado, no por ello carece de secreto. Es decir, de libertad hasta el último instante.

La dulzura tiene múltiples afinidades con la luz. Su resplandor, su intensidad, su difusión, sus metamorfosis, su noche. Si fuera necesario figurarla en el espacio, sería una curva, en movimiento, incluso ínfimo. La música sería tal vez, con el tocar, su traducción más inmediata. El contraste de las líneas melódicas concuerda con el ritmo, la voz y el instrumento. Los andantes de los conciertos 21 y 24 de Mozart no solo son perfectos: trenzan una catedral de sonidos. Un perfecto equilibrio. La música del Renacimiento y de la Edad Media nos hace oír su tesitura sensible y sagrada. Cuando Anne Azéma canta los lais de los trovadores o la endecha de Isolda, la dulzura más apasionada se eleva.

La imagen es otra apertura hacia la dulzura. Un ejemplo magnífico es el cuadro "El regreso del hijo pródigo", de Rembrandt, que está en el Hermitage, en San Petersburgo.

El tacto, la inteligencia del tocar, es un acelerador de vida que le pone obstáculos a la locura. En la psicosis, la dulzura es aterradora. Es la distancia mortal entre lo real y su sombra proyectada en la psique. Cada sensación despliega un peligro posible.

El refinamiento coexiste con la dulzura, en especial en el artesanado. Es la manera en que la madera es esculpida, trabajada; la sutileza de un color, el despliegue de una curva en el barroco tardío. La dulzura parece incrustada en el gesto, depositada con él en la materia. Hacían falta cinco mil capas de laca para hacer un mueble en la corte real de Pequín. En los textos, se dice que había que tocarlos con la dulzura de la lluvia y la finura de un cabello de niño. Dulzura de la seda, del cristal esmerilado, del hilo de plata, de la pana terciopelo, de la piel que la lleva, del ojo que las contempla.

Hieratismo de las figuras de Giotto. Iluminaciones fijadas en una simplicidad que les da, como a la de las células del convento pintadas por Fra Angelico, una suavidad sin debilidad ni manierismo. Su dulzura invita al que mira a participar en una escena en la cual no puede sino asistir a distancia. Dulzura que tiene a raya a la mirada, se pose donde se pose.

Dulzura de la unión entre cielo y mar en Venecia. Dulzura de los cielos de verano, de las atmósferas, de las nubes. Delicadeza de esos bordes no cerrados —interiores exteriores, líquidos y etéricos.

Dulzura de las lámparas en la noche. El halo y su límite. Su precisión a veces en escena. El recorte de un cuerpo desnudo, el chaflán o la ochava

de una alcoba. La llama alta. Todos esos rebordes de luz que la oscuridad delimita y, en un sentido, protege.

No hay umbral para la dulzura; antes bien, una continua invitación a ser contaminado por ella, que puede quebrarse en un instante.

Los valores con los cuales concuerda la dulzura son a veces extenuantes: exigen un saber-vivir que está muy lejos de lo que se nos propone como edulcorante para nuestras vidas. Una alerta.

La dulzura, ¿solo es evidente cuando nos abandona y vuelve? ¿Cuando el dolor cesa, cuando la rompiente de la ola deposita en la arena espuma tan liviana como el aire, o bien es una esencia singular, que se disfruta solo por ella?

El vientre de un animal. La palpitación de una vena que aflora bajo la piel. Una piel muy añosa como un guijarro traslúcido. Una piel de niño muy pequeño, su mejilla todavía cubierta por un imperceptible vello. Calma de la respiración, de aquello que contiene al viviente y lo protege. Y que se ofrece al tacto.

La dulzura también es armonía. La manera en que una orquesta consuena, o en que dos campos de color rectangulares, en Rothko, van a dialogar a lo largo de un horizonte rojo. Es la proporción de un rostro.

Suavidad de lo inefable. Belleza de aquello que no aparece en la apariencia dada de las cosas y los fenómenos, de lo que no podrá ser tocado en un rostro, de lo que desarma toda sujeción. La dulzura hace aparecer la distancia entre lo que está ahí y lo que escapa. Lo carnal y lo espiritual, pero no solo eso, también todas las distancias, las elipsis, en la lengua, en lo visible, en la voluta barroca, en el doble de la anamorfosis.

Argumento de venta

La dulzura hace vender. Se nos propone en todas las formas, en todas las latitudes, constantemente. Es un argumento económico depositado en la cuenta de lo que no tiene nada que ver con ella. La falta absoluta de consideración por los seres que el mundo neoliberal muestra en las relaciones de fuerza instauradas como norma secreta en el trabajo, en la escuela, y hasta en los pasatiempos, se efectúa hoy en día, y esto es nuevo, disfrazado de una exigencia de seguridad y poniendo cuidado en recurrir a la sedicente demanda de los sujetos mismos: la servidumbre voluntaria es un programa que se desarrolla sin antagonismos. Entonces, que la dulzura sirva de pretexto para ennoblecer objetos de consumo, que con ella se califique al detergente, a las golosinas y hasta al consejo en la empresa, no tiene nada de asombroso.

Pero también es convocada de manera más inquietante en las regiones de pura opresión, y hasta de atropello. Porque estamos en un momento de la historia en que la perversión da pruebas de sus aptitudes y en el que su poder de vuelco total y de contaminación es cada vez más violento. Se

ejercerá justamente en nombre de la dulzura. Pervertir un sentido es volverlo en su contrario so pretexto de servirlo o de admirarlo. Es primero una torsión en la lengua y en el espíritu que nos hacen creer necesario.

La dulzura es así dividida en dos por las instancias de control económico-sociales. En el plano carnal, es bastardeada en cursilería. En el plano espiritual, en poción *new-age* y otros métodos que rivalizan entre ellos para convencernos de que alcanza con creer para que todo funcione. Las teorías de la mejora del yo y de la búsqueda de la felicidad participan, a pesar de ella, en ese gran mercado del "mayor bienestar" que se rehúsa a entrar en lo negativo, la confusión y el miedo como elementos esenciales de lo humano, y vitrifican tanto el porvenir como el presente. Esta división es, en su esencia, temible, ya que ataca el lazo que la dulzura establece entre lo inteligible y lo sensible.

Estamos en un momento de la historia —si bien esta formulación es un poco solemne para mi gusto, ¿cómo decirlo de otro modo?— en que las técnicas de manipulación dan pruebas de sus habilidades. Su eficacia ya no necesita ser probada, ellas son en cierto modo garantes de su propia eficacia, pero lo más insidioso es su poder de volver todo en su contrario. El hecho mismo de que en nombre de "la dulzura", hoy en día, se llegue a legitimar la brutalidad, o cualquier otra falsificación de ese tipo, parece no solo admitido sino también alentado. Es destilar en un principio lo

que le hará negar la esencia misma de aquello que lo constituía. Es el juez que violenta al niño cuya inocencia va a defender con equidad esa tarde misma, es la madre que va a herir su infancia "ofreciéndole" su sacrificio, y la lista aquí es casi anticuada, tan sutil, implacable y precavida es la infiltración de ese modo de volver todo en su contrario. Ninguna necesidad de un *big eye* dominante al que se pueda atacar o del que se pueda desconfiar, somos cada uno de nosotros los que entramos en la fábrica. Y somos a la vez sus víctimas y sus instigadores.

La dulzura será el nombre por el cual se efectuará la violencia. La barbarie. La peor bajeza será una elevación. Hemos entrado por efracción técnica en la era de las renegaciones y los vuelcos totales. Ahora bien, creo que la dulzura resiste. A la perversión. Del mismo modo que, antes y después de ella, la locura, pero la locura renuncia al comercio con el mundo llamado real. La dulzura, no.

Lenguas fuentes

En este estadio, es tiempo de interrogar a la lengua. El olvido de la etimología no es una simple cuestión de falta de cultura, sino la de una relación con la memoria colectiva. Es ignorar que las desviaciones, las borraduras, las sustituciones de sentido son también instrumentos de censura políticos y societarios. No se trata de rehabilitar una lengua "pura". Toda pureza, se sabe, es cuestionable —el lugar contra el que va a arremeter ante todo la perversión—. Volviendo a la manera en que la antigua Grecia pensó y nombró a la dulzura, lo que aparece es toda la relación que mantiene una comunidad humana con el derecho, con la justicia, con la guerra, pero también con los valores llamados "de corazón". Y con ella lo que llamamos humanismo. Para los griegos, la dulzura es lo contrario de la *hýbris,* de esa desmesura que se apodera del hombre presa de lo que hoy en día llamamos sus "pulsiones", pero no es en modo alguno el rigor moral; no, la dulzura pertenece en cierto modo más a los dioses que a los hombres. Aunque sea tan tangible como inteligible, incluye el bien sin ser el bien, la relación sin ser una relación, lo espiritual sin ser un atributo divino y la materia en su pura receptividad.

Dulzura se dice en griego de dos maneras: *praótes,* que significa dulzura, amabilidad. En las *Epístolas,* San Pablo evoca así al "espíritu de dulzura" necesario para el establecimiento de una comunidad. La dulzura concierne de entrada a la cuestión del "estar juntos", el primer círculo de lo político y de lo ético. Pero la dulzura se dice también *praús,* término más sensible, que significa "bonachón", y que la vulgata traducirá al latín como *mitis* (en inglés, *meek,* "pobre" y "dulce"). En las *Las Bienaventuranzas* de San Mateo encontramos: "Bienaventurados los dulces, porque ellos poseerán la tierra". *Mitis* significa: para un fruto, maduro y tierno; para una tierra, la fertilidad; para un ser, la dulzura y la bondad. En latín, otras dos palabras dicen la dulzura: *suavitas,* más intelectual o espiritual, y *dulcis,* que dio también lo melodioso (para un sonido), la atracción, la belleza (para una cosa) y lo azucarado (para un alimento). Con el advenimiento de la cristiandad, el rey/mesías esperado en todo su esplendor es reemplazado por un niño nacido en la pobreza y en el exilio. Poner la realeza espiritual en el lugar de la vulnerabilidad más grande fue un golpe por la fuerza sin precedente en la Historia. Todos los valores de mérito, de poderío, de valor guerrero se vieron trastornados por ello.

La antigüedad griega, centrada en los valores de heroísmo, de justicia, y en las cuestiones que rigen la vida en común, parece ajena a las virtudes "sentimentales": *La Ilíada* es un poema de conquistas, de astucia y de muerte.

En un hermoso libro,[3] Jacqueline de Romilly muestra cómo, con Homero, aparecieron ciertas palabras que subrayan la cortesía y la persuasión como opuestas a la violencia. Se trata de una prolongación de la idea de justicia bajo forma de la clemencia que retiene la mano de la venganza. Homero la hace escuchar allí donde parece la menos esperada. Cuando el rey Príamo llega para pedirle a Aquiles el cuerpo de su hijo Héctor, asesino del mejor amigo de Aquiles, este último acepta, hace lavar el cuerpo del difunto y recibe a Príamo en su mesa. Pide que la batalla se suspenda el tiempo suficiente como para que el viejo rey pueda llevar a su hijo a Troya. Los héroes homéricos más apasionados son capaces de dulzura, entonces, *por respeto*, dulzura que no cae en ninguna cursilería y que concuerda con el coraje.

Los valores de lo íntimo en el mundo griego eran privilegio de los dioses. Sus pasiones, sus traiciones, sus estados de ánimo eran comentados por los hombres que sufrían sus consecuencias inicuas. En el teatro de Esquilo, las diosas más monstruosas, las Erinias, aceptan finalmente integrarse en un mundo en el que reina un dios justo, capaz de aportar el apaciguamiento; entonces toman el nombre de "benévolas".

Luego apareció la palabra *philánthropos*, que se arriesga más lejos en el camino de la mansedumbre. No designa solo un procedimiento exterior

3 Jacqueline de Romilly, *La Douceur dans la Pensée Grecque*, Les Belles Lettres, París, 1979.

o una manera de actuar, sino también una disposición universal, una solidaridad activa independientemente de las circunstancias. Expresa un sentimiento de comunidad ante la fragilidad humana, como el de Ulises ante la locura que lleva a la muerte a Ájax: "[...] lo compadezco igual / por desdichado, aunque sea mi enemigo, / porque está atado al yugo de una alucinación funesta; / y observo lo mío no menos que lo de él: / porque nosotros, los que estamos vivos, / no somos sino fantasmas, sombra ínfima." (*Áyax*, de Sófocles, vv. 121-126). La imperfección de la naturaleza humana, considerada durante largo tiempo como una falta o una excusa, se volvió una fuente de piedad y de fraternidad. Platón la emplea en el *Banquete* (189c-d), a propósito del amor, cuando le hace decir a Aristófanes que "no hay dios *más amigo del hombre (philánthropos)*" y que será un arte el que ayudará a la humanidad. Así se invoca su filantropía cuando se trata de la generosidad de Sócrates, cuya enseñanza era gratuita. Pero esta noción permanece, en Grecia, del lado de la equidad, y no va hasta el sacrificio y la abnegación cristiana: la dulzura no podría prevalecer contra la justicia y la reciprocidad que ella exige.

Después, poco a poco, la dulzura va a apartarse de su lazo con la fuerza, el coraje, y a ejercitarse en una participación en la evanescencia sin carne de un mundo prometido al ideal ascético de una vida dedicada al Altísimo. Separada de la carne, la dulzura se desvitaliza entonces para entrar en la exaltación de la debilidad.

Justicia y perdón

En suma, para los filósofos, la dulzura se confunde con la civilización. Y sin embargo, Platón tiene dificultades con la indulgencia. Su pensamiento se centra en la justicia y en la verdad: "Lo equitativo [*epieikés*] y lo indulgente [*syngnómon*] respecto de lo perfecto y exacto son, cuando suceden, distorsiones de la recta justicia", escribe en *Leyes* [757e], aun cuando, para Sócrates, "el criminal merece compasión al mismo título que cualquier hombre afectado por un mal". La dificultad de los griegos consiste en acercarse a la dulzura o a la *sophrosýne* (templanza) sin que se vean afectados los valores de coraje, de firmeza y de aptitud para la guerra necesarios en toda comunidad política. *Fairness*, intraducible al francés, nombra esa mezcla de equidad y de dulzura. Aristóteles, en la *Ética a Nicómaco*, escribe: "el hombre dulce no es dado a la venganza, sino al perdón". Con *syngnóme*, la dulzura toma una inflexión singular para designar la posibilidad, entre hombres y no de los dioses hacia los hombres, de borrar una falta. La aptitud para perdonar se propaga en el pensamiento griego. Derrida saca a la luz esa paradoja del perdón, que solo tiene sentido ante lo que no puede, no debe ser borrado ni olvidado

jamás. Solo con tal destinación el gesto de "per-donar", de dar más allá, tiene un alcance universal y, en esa misma medida, escandaliza. La dulzura del perdón no es aquí ni siquiera evocada, solo la paradoja aparece en su extremismo. Sin embargo, perdonar es un acto que libera tanto a quien puede conceder el perdón como a quien lo recibe.

Y como suele suceder con la dulzura, es un doble don el que aparece: el que lo ofrece y el que lo recibe están, ambos, reunidos. ¿Cuántos niños lo esperan toda su vida, cuántas vidas arruinadas por una palabra que jamás llegó? El perdón está condicionado por la dulzura. Sin revolución interior, el perdón es solamente querido, no se vuelve nunca real, está impedido por la piedad, el coraje, la abdicación o las ganas, no libera nada y no hace sino ahondar una llaga salvaje. Para Derrida, el perdón se dirige a los vivos pero es para los muertos. Está siempre a contratiempo, es desigual y asimétrico. Perdonar es un acto violento. Promete el aplazamiento en dirección del tiempo mismo.

Es Roma la que marida la dulzura con el perdón en el mundo humano. Lo que reviste el carácter de la clemencia aparece aquí, inclusive en los textos de leyes que regulan la vida cotidiana. En *Comentarios a la guerra civil*, César ofrece negociar y se evoca su *misericordia, clementia* y *liberalitas*. En Plutarco, la noción de dulzura se despliega como un ideal de vida. Se encuentran nuevas palabras que permiten nombrar la

disposición para amar o para querer, por ejemplo, en "La vida de Solón" (comparada con la de Publícola en *Vidas paralelas*): "Nuestra alma tiene en sí misma un principio de amor, siéndole ingénito [...] el amar".

El cristianismo, por su parte, será ajeno a los criterios que comandaban al pensamiento griego: la dulzura, en sus dimensiones éticas y de *philía*, no valía para la Ciudad ni para el Estado, ni siquiera para la vida terrenal. En el latín de la Edad Media, Dios más allá de los entes, más allá incluso del ser, se reconoce por ser celebrado en esa palabra de música particular, *suavitas*: "Repentinamente, carecer de las dulzuras de las frivolidades se me hizo dulzura." (Agustín). Algo que Hildegarda de Bingen y los místicos renanos hasta el maestro Eckhart retomarán y amplificarán hasta el extremo.

Los santos son figuras de fuerza y de dulzura. Capaces de ser combatientes espirituales hasta el martirio, se confrontaron con el poder y dispensaron la bondad. Uno de ellos sigue siendo una figura aparte en Occidente: San Francisco de Asís. Hijo de un rico comerciante de telas y de una madre francesa, aficionado a una forma de poesía análoga a la de los trovadores, era conocido por su prodigalidad. Hecho prisionero, después de una larga enfermedad cambió completamente de vida y cuidó, él mismo, a los leprosos. Escribió en su Testamento: "Al apartarme de ellos, aquello que me había parecido amargo se me convirtió

en dulzura del alma y del cuerpo. Luego esperé un poco y dije adiós al mundo". Le devolvió todo a su padre y rompió con él. San Francisco de Asís llevó la vida de los penitentes practicando la ascesis y se hizo conocido por estar en fraternidad con todo ser viviente. Aquí, perdón y justicia son portados por aquel cuya dulzura lleva hasta su punto de mutación en santidad una guerra sin piedad contra la injusticia. La proximidad de la dulzura de esta figura con el reino vegetal y animal es muy poco común en Occidente.

Oriente

En hebreo, la dulzura se llama *anawa* y designa al que es humillado, débil. Los *anawim* son doblegados, oprimidos. Hay otra palabra para nombrar la dulzura material, el fruto dulce. Numerosas ocurrencias de esa palabra se hallan en el *Cántico de los cánticos* o *Cantar de los cantares*, y también en el *Eclesiastés*. La dulzura es un atributo de Dios antes de ser el de los hombres. En la *Biblia*, el hombre desanimado se lee literalmente "quebrado de espíritu", su desamparo es a la vez dulzura y pobreza.

Pero hay que remontarse a la raíz sánscrita para encontrar ese lazo entre benevolencia espiritual, dulzura física y templanza del corazón. A la lenta evolución del sacrificio védico corresponde una colección de textos específicos. El *Sāmaveda-samjitá* es una recopilación de alabanzas cantadas destinadas al brahmán-cantante. Es el "Veda de los modos de la cantillación". Esta palabra de género neutro significa también, en sánscrito, "dulzura, amenidad, recibimiento y palabras benévolas". Se debe subrayar la importancia de la sonoridad en la cultura védica, que concibe al Veda como producto de la escucha, por parte de los antiguos sabios, del

sonido original emitido por la regularidad de los movimientos cósmicos. Hasta nuestros días, la tradición védica es oral y transmite, de Maestro a discípulo, una palabra —Rig-Veda— modulada por un canto dotado de una fuerza incantatoria. En los textos indios ulteriores, por ejemplo, las ocho estancias dedicadas a Krishna, encontramos una repetición casi sonámbula de la palabra: "Dulzura son sus labios, dulzura es su boca, dulzura son sus ojos, dulzura es su risa...".

Svadhisthana es el nombre del segundo chakra sagrado. En sánscrito significa "dulzura", su elemento es el agua y su sentido, el gusto. Se sitúa por encima de los órganos sexuales. En el nivel físico actúa en los órganos genitales, el sacro. En el nivel emocional, en el apetito, la sexualidad, la conciencia del yo, la creatividad, la procreación, la alegría de vivir... O bien, cuando es afectado, en los celos, la culpabilidad, la dependencia. Es el chakra de nuestra herencia genética. Aquí, la dulzura es tanto espiritual como carnal. El mundo oriental tiene aún todo por enseñarnos acerca de cierta relación con la dulzura sin ñoñería. En una civilización en la que el eros no estaba estigmatizado, no era necesario oponer una moral del coraje a una conducta de abnegación. La dulzura no era infantilizada ni politizada: era primero un arte del refinamiento.

Una transformación silenciosa

Nos es preciso reconocer el lugar central que la cultura china otorga a las transiciones, a las germinaciones invisibles y a la vida sensible. En Occidente, los cambios son captados según el principio del acontecimiento, que nos apresuramos a categorizar. Estamos ciegos a lo imperceptible. En una cultura del resultado, lo discontinuo hace de espejismo. Ahora bien, todo se modifica a cada instante. ¿Pero cómo ocurrió eso? ¿Percibimos aún el momento del acontecimiento cuando nos demoramos en cada detalle de un proceso en devenir? La dulzura está hecha exactamente con esa estofa, ya que no es aprehensible categorialmente, sino solo existencialmente. Como sensación y como pasaje, o potencia de metamorfosis.

François Jullien muestra, en un bello libro,[4] cómo lo que más le cuesta aprehender a la metafísica europea son "las transformaciones silenciosas", mientras que la cultura china les confiere, por el contrario, su

4 *Les Transformations silencieuses*, Paris, Grasset, 2010. [*Las transformaciones silenciosas*, trad. de José Miguel Marcén, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2010.]

inteligencia. Desde los griegos, Occidente graduó las fronteras, mantuvo los órdenes separados, interrogó los límites. Se procede por concepto y no por intuición, menos aún por análisis de las sensaciones. La nieve que se funde es un ejemplo de ello: ¿cómo definirla? En el corazón del pensamiento occidental está, en efecto, la cuestión de la identidad estable, y no la de lo que muda.

El mundo flotante inquieta a Occidente, sin duda porque lo inefable no pertenece más que a Dios solo, y no a lo real. Deleuze y Bergson forman parte de los pocos pensadores que insisten en la cuestión del devenir de los conceptos, ya que el pensamiento europeo tuvo la obsesión de la fijeza del ser. Por ejemplo, las cuestiones del comienzo (si hay metamorfosis, nada permite detectar un instante originario) y del fin (la transición no apunta al resultado como un objetivo), o incluso —más sorprendente— la del tiempo, no se plantean como tales en el pensamiento chino. Aunque atenta a los anales y a las dataciones exactas, la cultura china jamás tematizó "el tiempo" como noción general y única.

Para los antiguos textos chinos, la transformación es una actitud, un estado del cuerpo y del espíritu, una armonía según el modelo "natural" de las cosas que maduran y se expanden en interacción con lo que las rodea. La actitud taoísta se esfuerza por "sacar partido de las propensiones existentes, en la duración, así como de la capacidad de autodespliegue

de los procesos". Volvemos a encontrar aquí la idea de la potencia en el sentido aristotélico, pero allí donde Aristóteles interroga la manera en que la sensación de dulzura aparece para un sujeto, es la dulzura misma, en la cultura china, la que contiene en germen a su contrario. Pasaje que da como resultado, entonces, un cambio de naturaleza. No hay escansión ni corte.

Sentimiento y sensibilidad

Las virtudes son solo
afecciones regladas
Bernard DE CLAIRVAUX

Lejos de la excelencia guerrera de la Grecia antigua, lejos del furor de los debates teológicos medievales, lejos de la armonía universal cuyos colores llevó el Renacimiento, nuestra época eligió ser *sentimental* y darle todo poder a nuestros estados de ánimo. Desde el romanticismo alemán que había encontrado una de sus definiciones más altas, el sentimiento (*Stimmung*) se hundió mucho en las zonas de la complacencia. Surgieron falsificaciones a velocidad creciente, dando lugar a una suerte de cultura del "amor" predigerida, prefabricada, llena de clichés. En una sociedad de mercado, la sensibilidad se menoscaba: no es de ninguna utilidad para comprar y vender si no es canalizada y normada.

La sensibilidad, vector de nuestros afectos más contradictorios, es un agente de libertad. Por originarse en nuestro aparato perceptivo más singular y enlazarnos al mundo de manera múltiple y evolutiva, escapa, sin cesar, a los radares sociales. En cuanto a los sentimientos, de los que se sabe a qué altura pueden llevarnos, sufren el estar ligados a representaciones, y en eso se ven indisolublemente "afectados" por la época. Hoy en día, los modos de empleo del funcionamiento social están integrados y los guiones están definidos. La sensibilidad, por su parte, se ejerce. Sin ejercicio, se embota o se desmorona. El arte de los sentidos no es una pura receptividad, depende también de nuestro libre arbitrio.

La dulzura pertenece a la sensibilidad antes de inervar, o no, los sentimientos. Por lo sensible somos afectados, por el sentimiento somos puestos a prueba. Si la dulzura es edulcorada hasta la disolución tanto de su ambigüedad como de sus aristas agudas, la potencia de la cual proviene y que ella actualiza se verá, a su vez, amenazada.

"Es así como usted se mantiene frente a mí, en la dulzura, en la provocación constante, inocente, impenetrable", dice el personaje de *L'Homme atlantique*,[5] de Duras. Las palabras no se encadenan al azar: la dulzura es

5 *El hombre atlántico*, traducido al castellano por Adalber Salas Hernández, Caracas, bid&co editor, 2013.

enfrentamiento, provocación, y tiene el enigma impenetrable de aquello que llamamos inocencia. Lo incisivo de la dulzura es su posible borradura, y es eso, precisamente, lo que nos aterroriza: que pueda ser la más alta expresión de la sensibilidad, su inteligencia y su fuerza, y, no obstante, desaparecer en cada momento.

La fuerza simbólica de la dulzura

La fuerza simbólica de la dulzura es una autoridad. En Oriente, se reverenció como autoridad espiritual más temprano y más profundamente que en Occidente. De las prácticas zen al hinduismo, de los escritos sobre el tao del confucianismo a los ritos chamánicos de la Siberia oriental, la dulzura no es percibida como una debilidad.

Gandhi es una de las figuras más emblemáticas de la no violencia, ya que fue a la vez un gran resistente —un guerrero en un sentido— y un maestro espiritual. Es interesante —y sorprendente— considerar a los maestros espirituales que lo inspiraron, ya que tres de entre ellos, y no de los menores, son occidentales. El primero es Tolstoi. La relación entre ambos se inició por una carta que el joven abogado le dirigió al genio ruso hacia fines del año 1909. Allí le exponía las injusticias sufridas por los indios como consecuencia de una ley inicua promulgada por los ingleses. Le pedía autorización para publicar su célebre *Carta a un hindú*. Tolstoi le otorgó la autorización pedida y se estableció una relación epistolar. La doctrina espiritual de Tolstoi se resumía así: "Un cristiano

[...] sufre él mismo sin resistencia en lugar de atacar o hacer uso de la violencia. Por su actitud respecto del mal, se libera y ayuda al mundo a liberarse de toda autoridad exterior". Predicaba el rechazo de servir a los gobiernos malos o de obedecerles. Gandhi demostró que había escuchado la lección cuando, a expensas del general Smuts, instó a los indios a desafiar su autoridad mediante la desobediencia civil.

Gandhi tuvo en Ruskin otro maestro espiritual occidental. Cuando residía en Johannesburgo, un amigo le prestó *Unto the last* [*Jusqu'au dernier*; traducido al castellano como *A este último*], de Ruskin. Gandhi se puso a leerlo desde la salida del tren de Johannesburgo a Durban y prosiguió su lectura durante toda la noche. Ruskin predica la dignidad del trabajo manual, recomienda vivir sencillamente e insiste en las complicaciones debilitantes del sistema económico moderno. Bajo la influencia de este texto, Gandhi decidió cambiar de vida. Adquirió una granja, se instaló allí con su familia y con otros, y el grupo se propuso vivir en armonía con los principios de Ruskin.

H.-D. Thoreau es el tercer interlocutor del mahatma. ¿Cómo iba a imaginar este pensador que, cien años después de su muerte, tendría una influencia considerable en la liberación de centenas de millares de indios? Su libro clave, *La desobediencia civil*, no abandonó más a Gandhi, que ya había definido su propia política de resistencia pacífica bautizada

satyagraha, que significa *"attachement à la vérité"* ["apego o devoción a la verdad"]. El pasaje de Thoreau citado a menudo por Gandhi era: "La única obligación que tengo derecho a asumir es la de hacer en todo momento lo que considero justo. Actuar justamente es más honroso que obedecer a la ley". En el momento en que Gandhi leía estos textos por primera vez, estaba en prisión, exactamente, por ese motivo.

A la fuerza de las armas y de los hombres, estos tres pensadores oponen la del espíritu. Gandhi arriesgó su vida sin arriesgar jamás la del adversario, confiando en la fuerza simbólica. Los negadores de tal fuerza enfatizan su dulzura, que aparece por contraste con la violencia que suscita.

Figuras libres

Reconocemos la dulzura en las figuras literarias que trastornaron todo alrededor de ellas sin quererlo. El príncipe Myshkin, la mayoría de los personajes de Kafka, de Melville, de las novelas de Tolstoi, el pequeño Mohune de *Los contrabandistas de Moonfleet* —comunidad imposible de personajes que llegan de ninguna parte y, sin abandonar nunca una dulzura inigualable, provocan violencia y pasión en torno a ellos porque su radicalidad es inequívoca e inapelable—. Esos personajes que encarnan la dulzura en literatura revelan las apariencias bajo las cuales se disimulan todos los acomodamientos. Polarizan lo real en torno a una verdad inédita e imposible de sostener. Bartleby y la sirvienta de "Un corazón sencillo" son infractores de la ley. Su dulzura violenta a un mundo que tiene por coordenadas reglas de servidumbre consentida. El exceso de esa dulzura es peligroso. Hace aparecer mejor que ningún proyector las fallas, el deseo, la manipulación o, al contrario, la bondad.

La dulzura no pertenece solo al bien. Tiene en sí la posibilidad de ser manipulable, incluso si uno no puede deshacerse del presentimiento de

que ella se aloja en lo más viviente de la vida. Prodigarla o recibirla, o hasta simplemente reconocerla, es decir, en el fondo, consentir en ella —¿cedemos a la dulzura o la provocamos?—, puede llevarnos hacia aquello que en tiempos de guerra se llama "el frente". Como la dulzura hace pacto con la verdad, es una ética temible. No puede traicionarse, salvo si es falsificada. Ni siquiera la amenaza de muerte puede contrarrestarla. La dulzura es política. No se pliega, no otorga ningún plazo, ninguna excusa. Es un verbo: se hace acto de dulzura. Concuerda con el presente e inquieta a todas las posibilidades de lo humano. De la animalidad guarda el instinto; de la infancia, el enigma; de la plegaria, el sosiego; de la naturaleza, lo imprevisible; de la luz, la luz.

¿Dulzura pura?

¿Se pueden concebir la bondad, la alegría, el don, la calma sin su contrario? ¿Tendría la dulzura algún valor si no incluyera la brutalidad? El pensamiento chino es, sin duda, el que expresó más esencialmente esta idea mostrando, por ejemplo, que la grafía que representa al yin y al yang inscribe en cada uno de ellos un punto minúsculo que significa la inclusión necesaria del principio adverso. Si la dulzura es un lazo de una constancia que va mucho más allá de las circunstancias y de los acontecimientos y que se dirige al ser, se podría definir la brutalidad como aquello que viene a amenazar ese lazo. Si hay dulzura, es decir, también ternura y protección, es preciso ejercer una violencia para terminar con la brutalidad. Ahora bien, de no tener el individuo la capacidad para pasar a su contrario, ¿sigue siendo la dulzura una elección? ¿No cae en el deber sacrificial o en la discapacidad psicológica?

La violencia que hace fracasar a la dulzura llega para confesar que esta no puede ser recibida por completo en este mundo. Las figuras literarias de inocentes son sus héroes trágicos. Se parecen a esos niños mártires

que son brutalizados a veces hasta la muerte porque oponen su dulzura inaccesible a la pulsión criminal que su libertad despierta y desencadena. Billy Budd es un joven marinero que deja el buque mercante llamado *Los derechos del hombre* para ser enrolado, por la fuerza, en el barco de guerra *El indómito*. Su belleza y su juventud fascinan a la tripulación. Tiene problemas de habla, tartamudea cuando se emociona, y esa vulnerabilidad le costará la vida. El capitán John Claggart, celoso de la afección que rodea al joven, intenta perjudicarlo. Decide denunciar la preparación de un motín y acusar a Billy de ser su instigador. Considerando otros motines recientes en la flota británica, el comandante se ve obligado a escuchar esas acusaciones en las cuales no cree. Billy es confrontado con Claggart para justificarse, pero tartamudea y no llega a explicarse. Golpea entonces brutalmente a Claggart, que muere en el momento. Billy es condenado a la horca por una corte marcial a la que el comandante no puede sino aportar su testimonio impotente. Billy lo bendice antes de ser ahorcado, lo cual evita el motín. Billy Budd es un dulce. No se defiende y, cuando mata a Claggart, lo hace bajo el efecto de una emoción frente a la injusticia. Su belleza y su extrañeza hacen de él un chivo emisario, por el deseo que suscita y la extraña "bondad" de la que da muestras a lo largo de todo el relato. Es un niño que habría crecido en un cuerpo de hombre. A pesar de la compasión del comandante para con él, no puede sino ser condenado. La ley domina a lo humano y debe ser respetada.

Billy no supo escuchar los consejos sensatos de un viejo marinero que, semejante a un Tiresias, lo había prevenido de la implacable crueldad del mundo al que pertenecía. Aquí la dulzura tiene, como reverso, la violencia criminal. Ella conduce doblemente al crimen (el de Billy Budd y el que es contra él). Rostro posible de la santidad, actúa como el revelador y el activador de los demonios del Otro, hasta tal punto que ni la piedad ni la sanción pueden comprenderla enteramente o aniquilarla.

En su novela *El hombre que ríe,* Victor Hugo no encarna la dulzura en una figura de la inocencia sino en la de la fidelidad absoluta. Constancia y abnegación fundan el juramento tácito que Gwynplaine y Dea se hacen uno al otro, pero también, como sucede con todo juramento, a sí mismos. El joven se prometió no flaquear en la defensa de un ideal de justicia, y Dea, apoyarlo en esa vía cueste lo que cueste. Esa fidelidad bifronte es de una misma fuerza, de una potencia, pero también de una misma e infinita delicadeza de atención. "Represento a la humanidad tal y como la han fabricado sus amos –dice el personaje de Hugo–. El hombre es un mutilado. Lo que me han hecho se lo han hecho al género humano". El célebre discurso de Gwynplaine en la Cámara de los Lores lo dice: "Entonces insultáis a la miseria. ¡Silencio, pares de Inglaterra! ¡Jueces, escuchad el alegato! [...] ¡Escuchadme! Voy a deciros: "¡Oh, puesto que sois poderosos, sed fraternales; *puesto que sois grandes, sed dulces!*". La dulzura de Gwynplaine impregna hasta la concepción de su ideal de justicia. En

cuanto a Dea, es un personaje de pura bondad, de inocencia, allí donde Gwynplaine es complejo y está desgarrado entre sus pulsiones, sus creencias y su fascinación por aquello que descubre que es su nobleza. En este libro, la dulzura abre una brecha luminosa en la perversión y propone como forma de combate la resistencia por el teatro, la nobleza de corazón y el retiro amoroso fuera de la vida mundana. Gwynplaine es un ejemplo de clown triste cuya inteligencia no lo salva —lo mismo le sucede a Oliver Twist, otro célebre niño abandonado— cuando está frente al cinismo. El amor de Dea, cuya sabiduría de ciega no la protegerá de la muerte, es su *alter ego*. Esas dos figuras de hermana y hermano, como es frecuente en Hugo, dan testimonio de la libertad y de la verdad. No siendo una a costa de la otra.

La dulzura no solo se presenta bajo los rasgos crísticos del chivo emisario voluntario o en la ejemplar fidelidad a un ideal. En el cuento de Flaubert "Un corazón sencillo", una sirvienta que caracteriza una suerte de dulzura "impedida", casi retrasada, sin duda traumática, intenta —hasta su último aliento— mantener el lazo con seres a los que, por orden y vocación, debe servir hasta la abnegación, sin ocuparse de su propia vida. Flaubert resume en su correspondencia el pequeño relato: "La historia de 'Un corazón sencillo' es simplemente el relato de una vida oscura, la de una pobre mujer de campo, devota pero mística, sacrificada sin exaltación y tierna como un pan recién sacado

del horno. [...] Esto no es irónico en absoluto, como usted lo supone, sino, por el contrario, muy serio y muy triste".

La sirvienta es aquí una figura universal de la pérdida de sí en el otro hasta la abnegación. Su dulzura no es la idiotez desarmante del inocente en un mundo culpable, sino el instrumento de una tontería un poco limitada que un mundo más adaptado borra. No puede encontrar, a cambio, nada más que la esclavitud y la muerte. La persona —en este caso la sirvienta del cuento de Flaubert— que solo sabe ser sacrificada no desarrolla esta dulzura ni como un arte ni como una elección, sino, primero, para evitar el conflicto o la violencia. La dulzura se transforma entonces, más que en refugio, en una reclusión. Trabaja por el lado de la renuncia, o hasta de la morbidez. Muy a menudo es en los territorios del trauma donde se origina esta dulzura "pura", privada de acceso a lo que Freud define como odio constitutivo del sujeto que le da al bebé la fuerza necesaria para diferenciarse de la esfera parental y acceder al lenguaje. Porque, si bien la agresividad es la instancia separadora, permite también sobrevivir, sin lo cual todo volvería a lo mismo, sin salida.

Como la tontería, la dulzura no sabe hablar bien.

Emplazamiento[6]

Atentar contra la dulzura es un crimen sin nombre que nuestra época comete a menudo en nombre de sus divinidades: la eficacia, la rapidez, la rentabilidad. Se intenta hacerla deseable, intercambiable, institucionalizable, para que no trastorne todo. Se mata a la dulzura con la dulzura. Se hace de ella una droga adulterada cuya necesidad se nos quiere inculcar.

El Dostoievski de *Los hermanos Karamazov* convoca a la dulzura en la escena de "El Gran Inquisidor". El Inquisidor sabe que nadie puede soportar que Cristo vuelva, y toma entonces, por cuenta propia, la decisión

6 En el original, *arraisonnement*, que es literalmente la "inspección de un navío en tiempos de paz o de guerra" y deriva del verbo *arraisonner*, "detener a alguien para hacerle preguntas". Es también el término con que se vierte más frecuentemente en francés el concepto de *Gestell* o *Ge-stell*, la esencia de la técnica tal como la formula Heidegger (la forma en que el ser se le revela al hombre contemporáneo como técnica, como imposición de tratar técnica o tecnológicamente a la naturaleza, vuelta depósito de materias primas, para su explotación económica). Fue introducido, en la traducción francesa de "La pregunta por la técnica" ("*La Question de la technique*"), por André Préau, que explica en una

de su condena. Cristo no renuncia en ningún momento a su dulzura, que vence frente al poder y a la certeza del Inquisidor. Esa dulzura llega para convertir las fuerzas de mortificación abriéndole a la verdad una vía diferente de la del terror. Los humanos no quieren la libertad que tú les ofreces —le dice el Gran Inquisidor a Cristo—, y el sacrificio al que me ofrezco entonces yo, que soy consciente de ello, es el de quitársela y encargarme de ella por entero. Los humanos prefieren la servidumbre, quieren ser guiados y descargados de la elección exorbitante de su existencia. Allí podemos reconocer que Freud leyó a Dostoievski, porque ¿qué otra cosa hace el neurótico obsesivo si no es evitar a toda costa pagar el precio de una libertad de la que no quiere saber nada? Como es frecuente en Dostoievski, es en los confines de la bajeza, de la traición o de la violencia donde la dulzura hace de revelador. Los seres que la

---

nota: "*Stellen* [...] es aquí: "detener a alguien en la calle para que rinda cuentas, para obligarlo a *rationem reddere* [...], reclamarle su razón suficiente. La técnica *arraisonne* a la naturaleza, la detiene y la inspecciona [...], la mete en razón poniéndola en el régimen de la razón". Al traducir el mismo artículo de Heidegger, allí donde Préau traduce *arraisonne*, Eustaquio Barjau traduce "emplaza" ("Al aire se lo *emplaza* a que dé nitrógeno", por ejemplo), que remite tanto al "poner" como al "plazo" de ejecución de algo, y es también, según la RAE, "citar a alguien, en determinado tiempo y lugar, especialmente *para que dé razón de algo*". Finalmente, Barjau propone, para el concepto heideggeriano *Ge-stell, estructura de emplazamiento*", construcción que da pie a "empla-

prodigan están atravesados por ella como por una fiebre que contamina a sus interlocutores muy lejos de sus territorios habituales. En su incapacidad de estar en el mundo de otro modo que en esta falla aparece una relación inédita con la libertad. Porque la dulzura aparece primero como una falla. Infringe todas las reglas del saber-hacer social. Los seres que dan muestras de ella son a veces resistentes, pero no llevan el combate allí donde, por lo común, tiene lugar. Están en otra parte. Incapaces tanto de traicionar como de traicionarse, su potencia proviene de un actuar que es, constantemente, una manera de estar en el mundo. Y la pasión que se deriva de ello proviene de la emoción que solo la dulzura puede liberar: ella es otro vivir.

---

zar", "emplazamiento", etc. Sin entrar en los pormenores del término en alemán ni en otras cuestiones teóricas (hay otras versiones en castellano del concepto, pero aquí estamos traduciendo el término francés, más frecuente en su acepción filosófica que en la que da el diccionario), la "razón" a la que se alude en estos argumentos es la de las divinidades de nuestra época citadas por Anne Dufourmantelle en este primer párrafo: la eficacia, la rapidez, la rentabilidad. Quien haya leído "El Gran Inquisidor", poema traducido en prosa que forma parte de *Los hermanos Karamazov* y al que se refiere en este punto la autora, recordará que, en su largo discurso, el Inquisidor le dice entre otras cosas a Cristo (a quien acaba de apresar con la intención de llevarlo a la hoguera), además de que los hombres no quieren la libertad que él les dejó, que no quieren su pan celestial, que quieren pan, que él se encarga de que lo produzcan y, luego, se los reparte. La eficacia al poder: es de una racionalidad pasmosa.

La fiesta sensible (II)

Nadie tuvo el coraje de definir la esencia del placer [...] como un sentimiento de potencia.[7]
Friedrich NIETZSCHE

Reír, cantar, amar son actos potentes, dionisíacos, expresiones de una vida auténtica. La dulzura implica al cuerpo, es decir, a la idea y a la sensibilidad de un cuerpo que la dulzura habría educado, elevado, ennoblecido. Su potencia destilada por los sentidos.

7 Tratándose de Nietzsche, el término apropiado o clásico sería, en castellano, "poderío" (la cita es de las notas del autor presuntamente destinadas al libro La volonté de puissance, "La voluntad de poderío", publicadas en Francia antes de la aparición de los Fragmentos póstumos). Pero dado que el término, en francés, es puissance (que se puede verter al castellano por "poder", "potencia" o "poderío"), para darle continuidad a la noción de "potencia" de la autora que estamos traduciendo preferimos infringir, con dulzura, ciertas reglas.

No se posee a la dulzura: se le da hospitalidad. Ella estaba ahí, tan discreta, tan necesaria y vital como un latido de corazón. Su potencia carnal va de la voluptuosidad a la más ligera presión de la mano, es pensamiento cuando toca y es tocada cuando es inteligencia.

La dulzura no fija ningún lugar del cuerpo, llegó desde el nacimiento allí donde se respira, acompaña a los sueños y se une a su revuelta secreta, nunca se revela sino *après-coup*, en la sensación que deja en el sueño.

Ningún acontecimiento de este mundo le es ajeno, ya que ella conlleva la responsabilidad de lo viviente. Sin dulzura, no hay ser en el mundo humano. Ninguna traducción posible que no sea violenta.

La dulzura se parece a un anhelo de niño. A esta promesa susurrada: estaré siempre cerca de ti.

No revelada, como las alas de la mariposa enrolladas en su crisálida, la dulzura habita todo pensamiento en el proceso de su devenir sensorial.

Su potencia se destila por los sentidos. Erótica, lo es de todas las maneras posibles. Como la intención que la contiene es una domesticación del salvajismo de los humores y del cuerpo que admite también lo negativo, la sombra y lo negro forman parte de los estados del cuerpo en deseo. Ninguna

dulzura sin deseo de que se transmute en caricia, en juego, y no se repliegue en posesión.

Por debajo está la dulzura, agazapada. Debajo de cada cosa mirada, justo en la línea por debajo, está ahí, debajo de cada cosa tocada, cada palabra pronunciada, cada gesto comenzado, como la línea melódica que acompaña una línea cantada.

La dulzura se experimenta. Como el sueño, modifica sustancialmente a aquello que afecta. No deja indemne.

La dulzura del aumento del placer. El abandono en la certeza del amor y del erotismo, cuando jugar y tocar y tomar y darse e imaginar concuerdan.

La dulzura es una de las fuentes del erotismo, puede reunir sus comarcas más salvajes, libres. Sin ella, no más espacio enlazado de sombra y de luz, no más acercamientos, abandonos, juegos, invenciones, espejismos.

Si la dulzura fuera un gesto, sería caricia.

"La caricia trasciende lo sensible. No es que se sienta más allá de lo sentido, más lejos que los sentidos, que se apodere de un alimento sublime, conservando, en su relación con eso último sentido, una intención de hambre que va hacia el alimento que se promete y se da a esa hambre,

la acrecienta, como si la caricia se nutriera de su propia hambre. La caricia consiste en no apoderarse de nada, en solicitar lo que se escapa sin cesar de su forma hacia un porvenir –jamás lo bastante porvenir–, en solicitar eso que se oculta como si aún no fuera. Busca, registra. No es una intencionalidad de develamiento, sino de búsqueda: marcha hacia lo invisible." (Lévinas)[8]

8 E. Lévinas, *Totalité et Infini*, La Haye, Nijhoff, 1961. [Hay traducción al castellano de Miguel García-Baró, *Totalidad e infinito*, Madrid, Ed. Sígueme, 1977 y reediciones siguientes.]

Falsificaciones

Lo contrario de la dulzura no es la brutalidad ni la violencia misma, es la falsificación de la dulzura: lo que la pervierte mimándola. Todas las formas de acomodamientos, de suavidad adulterada, de papilla sentimental. Todas esas consignas, prescritas suave pero firmemente por una sociedad que perdió su armonía, son falsificaciones peligrosas. Pervierten, más que la brutalidad, su naturaleza o, más bien, su relación. Porque la dulzura establece una relación con el mundo, con el otro, con el principio de la vida misma –de donde proviene.

Gracias a la comunión con el mundo inducido, es posible hacer la experiencia de cierto desasimiento que puede confinar con una travesía del desierto, camino que los místicos llevan a su punto más alto. De esos momentos de pérdida donde ya ningún refugio se ofrece a sí. Parece que ese momento de lo negro, o del nihilismo, está lo más alejado posible de la dulzura, y sin embargo, es cuando se carece de todo apoyo, cuando todo le falta a la esperanza, que el cambio radical puede tener lugar.

Se ha vuelto intolerable en nuestras latitudes "retirarse", o bien ese retiro debe ser anunciado, programado e inscripto. El jardín secreto es anunciado con un cartel, es decir que no es más secreto. La dulzura está en ese retiro, acompañada por sus virtudes segundas: el tacto, la sutileza, la reserva, la discreción. No mostrarse, apartarse y guardarse son aureolas del último misterio que se deja pensar, cierto suspenso de identidad.

Lo facticio no es ni siquiera más triste: penas, decepciones, esperas se borran ahí, donde reina el motivo publicitario en trampantojo. Uno se divierte en él con cierto refinamiento en busca del placer, y se ve primero desposeído de su pena de amor, de su desasosiego. Los recuerdos están proscritos. Todo se repite en bucles, sin gravedad ni sollozo. Aquí se requiere la ligereza y uno se ve despojado de un pasado de violencia sospechosa, de inquietud inútil: vanos son los esfuerzos por resucitarlo. Uno está invitado a entrar sin ruido en un espacio que ofrece, en su permanente salvajismo, la sensación de una delicadeza facticia.

Lo facticio tiene de particular que nadie ejerce allí ninguna presión. Ningún auxiliar de la ley, fuere este un códex. Cada uno está liberado de tener que elegir: no hay diferencia, vacilación, sorpresa. La servidumbre voluntaria es la ley, aquí reina la calma. Los pasillos de los hospitales psiquiátricos en los sectores de alto aislamiento no son más silenciosos.

Vamos con paso seguro hacia ese mundo. Ningún escrito, ninguna condena, ni juez, ni prisionero: nada se transgrede. No hay *otro* lugar que lo facticio. La línea de horizonte se cierra sobre sí misma. La idea misma de salida sería devastadora, entonces no existe. La justicia no tiene curso porque no hay nada que transgredir. Todo erotismo puede desaparecer, la idea misma del deseo sería bizarra. Desear llega con: fulguración, falta, sed, espera, vértigo, piel, caricias, caída, suspenso. Dulzura. Lo facticio es autorregulado por sus sujetos sin necesidad de ningún recurso exterior que vele por ello. Fueron liberados de la aflicción inútil, de la espera ansiosa, de la sensibilidad. Tanto el nombre como el sexo que cada uno lleva es un préstamo. Uno los puede guardar o deshacerse de ellos, no ser designado más que por un pronombre indefinido, y neutro. El cuerpo es un problema reglado. Se conoce, en suma, la salida, lo sin límite no apela al crimen sino a la crueldad. En lo facticio, la dulzura no quiere decir nada más porque no hay nada que esperar ni temer, porque todo puede retomarse, recomenzarse hasta el infinito. Lo facticio no tiene reverso, es sin salida.

Extenuación

Para esperar la dulzura, hace falta incluso tener fuerza. Ocurre que ya no se cree en ella. El desgaste se ha hecho sin ruido, poco a poco. Hay vidas blancas sin otro signo exterior de su destrucción que el de pertenecer a la ausencia —en sí, en los otros, en el mundo—. La atracción que tenemos por la dulzura nos viene de un tiempo más antiguo aún. De una relación con el otro antecedente a nuestra entrada misma en la lengua.

Ignoramos lo que la falta de dulzura provoca. Palabra ultrajada, cuerpos maltratados, exangües, vampirizados, pasiones tristes —pero sobre todo emociones calcinadas, de puras cenizas existenciales, a las que nada hará volver del lado de la vida—. Para ignorar esta laguna, uno se inventa satisfacciones que son todas compensaciones. En ciertos casos, exonerará —inconscientemente o no— a aquel o a aquella de quien se espera dulzura y que no la prodiga —inconscientemente o no— disculpándolo *a priori*. A esa falta uno opone coartadas, perjurios, excusas y pretextos. Se le hace cargar con nuestras deserciones. Ya no es ni siquiera insoportable, solamente desanima de vivir. Lo que se llama "depresión" es hoy en día uno

de los modos mayores de esa negación de la necesidad de dulzura. Cada uno ofrece al otro el relato de su propia opacidad con la mejor intención. Se hace del intercambio una religión y no se intercambia nada. Lo más abrasivo sigue siendo la sentimentalización que, en realidad, le tomó inquina a la emoción. Porque la emoción es siempre también pensamiento. Y favorece la libertad. Nuestros captores sensibles están brutalizados; llegamos colectivamente a aceptar lo injustificable. Están la brutalidad de las condiciones de sobrevida material y el desierto espiritual y afectivo en los cuales los seres se ven apresados. La falta de dulzura es endémica. Creó un aislamiento tan potente como un encantamiento. Ninguna riqueza, ningún consuelo sentimental puede romperlo.

Penumbra

Nunca se ha disimulado tanto, pero bajo el disfraz de una obligación de total transparencia que es la forma política de la "obscenidad". Ahora bien, la dulzura no puede advenir bajo el régimen de la exhibición. La penumbra es su tierra natal. Hay una dulzura de lo confuso, de la ambigüedad, de lo que nace, eclosiona, pide ese espacio de suspenso y de comienzo. La luz cruda de la confesión no le es propicia. El sentimiento generalizado del complot o de la pervertibilidad de los seres va acompañado de una sensación de que todo espacio secreto es, en el fondo, portador de una desviación y susceptible de ser confesado en el momento preciso. En un momento de paranoia, todo lo que no es obsceno en su manera de develarse será sospechoso: eso sucede con la dulzura.

La falta de dulzura es viral. Se infiltra como un veneno. Si usted le saca al melancólico sus lágrimas, es decir su razón de ser, estará tentado de hacerse desaparecer cuando usted lo creía curado. Regresar a los limbos de los que su ser no pudo salir enteramente jamás, como esos condenados de los infiernos de Dante. Renunciar a la nostalgia

demanda un coraje del que a veces se carece. La dulzura habrá faltado demasiado temprano. El destete es imposible cuando no ha habido don suficiente. Los niños abandonados conocen eso. Ellos, que tan temprano se han hecho padres de sus padres, soportaron el sacrificio en su lugar, sin testigos que asistieran al arreglo de cuentas. Esos se callaron, se encogieron de hombros, triunfaron brillantemente (porque los olvidaron) o bien fracasaron (porque los olvidaron). Su derelicción no es visible, solo ellos lo saben. Cuando el juego de la existencia se abate —y ya no hay ninguna protección—, la falta de dulzura vuelve la angustia insostenible. Los engranajes pueden ajustarse, la carrera ser bella, la falta toma por la fuerza cada día un poco más a aquellos que se separan de sí mismos hasta olvidar incluso que eso habrá faltado. La dulzura adviene en el momento en que el sentimiento de la fatalidad cede ante una observación, por más sutil que sea, de lo que se ofrece a la vista, al tacto, al oído, al gusto. Ella puede desarmar el terror íntimo.

Amo y criado, de Tolstoi

Es una noche fría de diciembre. Un amo y su criado se internan en una ruta que atraviesa el bosque. La nieve comienza a caer, poco a poco cubre todo. Llegan, mal que bien, a conducir el trineo hasta que el caballo lo vuelca en el precipicio y se petrifica. El frío gana poco a poco. El amo comprende que están perdidos. Y un cambio inesperado se efectúa en él. Tolstoi,[9] sin dar nunca una lección moral ni dramatizar la escena, deja, por el contrario, que ese blanco de nieve invada y entumezca el relato mismo hasta ese instante en que se podría decir que la dulzura entra en el corazón del amo. Y se lo ve entonces rodear con su cuerpo y calentar con su abrigo al criado expuesto al frío, y dejarse morir

9 L. Tolstoi, *Maître et serviteur*, Paris, Gallimard, Folio, 1979. [Hay más de una versión en castellano, incluso en compilaciones de relatos, porque es un cuento largo (publicado originalmente, de hecho, en una revista, por eso lo hemos puesto entre comillas anteriormente) que puede considerarse, en algunos casos, una nouvelle, y publicarse como libro independiente (citado, por lo tanto, en bastardillas), en especial si está precedido por una introducción. Hasta donde llega nuestro conocimiento, la última versión es la de Víctor Gallego Ballestero, *Amo y criado*, Barcelona, Alba Editorial, 2011.]

en su lugar. Es en el lugar mismo del poder donde la dulzura opera. Viene a situarse en los intersticios de la crueldad dándola vuelta como un guante. Está precisamente en el lugar menos esperado. En ese sentido, la dulzura es crística si se acepta ver en Cristo la figura de aquel que invierte todos los atributos del poder en servidumbre consentida, por ejemplo, cuando lava los pies de los discípulos, gesto infinitamente humano comenzado allí donde no hay más explicación ni justificación posibles. En el trineo, ya no se trata de mansedumbre, de paciencia o de justicia. Ningún testigo salvo los lobos a lo lejos, el frío, la nieve y la noche. Nada se sabrá del combate espiritual o de la rendición.

La fiesta sensible (III)

La alegría es uno de los nombres de la dulzura.

El blanco de Chardin, leche, vela, claridad que infunde el negro y hace de manto, aleja el peso, realza la opacidad. Una claridad antecedente. Ese es tal vez uno de los caracteres de la dulzura, el de ser antecedente. No una cualidad del ser sino de la presencia pura. El azul de la Madonna del parto de Piero de la Francesca. El azul de ese fresco es una impronta que abre una noche clara en el misterio.

La dulzura pertenece ante todo al paladar, a la memoria de la succión del recién nacido. El gusto de lo azucarado es su universal metáfora. Lo azucarado y la miel. Es un olor a leche, a higo, a rosas; es todos los olores amados que nos hacen volver a nuestro primer cuerpo, un cuerpo de antes del cuerpo, tanto espiritual como sensorial, no encadenado aún por la tiranía de la conciencia de sí y las regulaciones de una época que carece de sensaciones fuertes.

La dulzura se opone a la pasión y al juego de los espejos narcisistas que esta favorece. Hay en ella una potencia que, lejos de la templanza o de la tibieza, acarrearía en su oleada un fervor que es otro nombre del éxtasis.

Cualidad tanto carnal como espiritual, la dulzura es una erótica cuya inteligencia del deseo del otro no busca ni captación ni obligación, sino el juego abierto de todos los registros de la percepción.

La dulzura es una relación con el tiempo que encuentra en la pulsación misma del presente la sensación de un futuro y un pasado reconciliados, es decir, de un tiempo no dividido. Ese tiempo reconciliado permite la vida. La revolución íntima de la dulzura es en potencia la realización de una libertad inactual, que nos saca de los campos de la repetición y de la melancolía. De la animalidad guarda el gusto y el tacto, la presencia y la gracia. Y de la infancia la esencial presencia, en aquello que ella irradia.

Puede haber dulzura en el miedo.

La dulzura aliviana la piel, desaparece en la textura misma de las cosas, de la luz, del tacto, del agua. Reina en nosotros por minúsculos resquicios de tiempo, da espacio, le quita a las sombras su peso.

Un columpio. Cabeza dada vuelta, mundo a la inversa. Puro encanto. Dulzura del vaivén.

Ella es un ritmo como el poema es un ritmo interior al ritmo de la lengua, un tiempo contratiempo, una entonación segunda. El elemento de no familiaridad en lo familiar de la lengua. Los versos de Baudelaire o los de Rimbaud tienen una dulzura particular porque el salvajismo o la aspereza de lo real que exponen es liberado en una lengua nueva, surgente, a la que nada domestica, ni siquiera después de quinientas treinta y cuatro lecturas, y ese carácter espontáneo y vertiginoso de las imágenes tiene, con la dulzura, una común y secreta desmesura. La dulzura enlaza lo espiritual y lo material, la intención más subjetiva y la efracción del mundo más objetiva, la inteligencia y la ignorancia, lo uno y lo otro, ella cose el mundo en conjunto, como el poema que pliega las asas desgarradas de lo real sin por eso reconciliarlas.

Sublimación

Los hombres a quienes más pueden conmover
las pasiones son capaces de disfrutar
la mayor dulzura en esta vida.

René DESCARTES

¿Es la dulzura una sublimación? Freud habla de sublimación cuando la representación de la pulsión no puede encontrar una salida satisfactoria y consiente, entonces, en cambiar de objeto. El vocabulario freudiano no es el del alquimista sino el del neurobiólogo de su tiempo, con la rigidez esperada del cientificismo y el desfase cada vez más grande que le infligen los descubrimientos siderantes de las neurociencias. Nosotros cambiamos de escala: las nanotecnologías entraron en nuestro cuerpo hasta asistir a cada órgano y leer el genoma siempre con más acuidad. Pero

Freud era también un visionario, un sociólogo, un antropólogo y un investigador. No dejaba de poner a prueba sus propias hipótesis. Cuando propone la noción de sublimación, investiga a propósito de lo que le permite a la pulsión suscribir al principio de placer incluso cuando fracasa, y se esfuerza por observar el trayecto de la realización del deseo, de algún modo más su "cómo" que su "por qué". Lo que se sublima es principalmente la energía sexual, la libido, y la palabra sublimación indica ya de por sí una atracción hacia lo bello o la perfección. Lo que se pierde en esa construcción es lo sexual mismo, no quedará del cuerpo más que la sombra proyectada del deseo que retiene su impulso. El discurso, la imagen, el arabesco de un paso de bailarín o el lied son elipsis que tienen al sexo como fragua secreta y sin cesar evitada. El deseo sublimado pide que sea abolido el lugar mismo del que proviene. Bajo este ángulo, la dulzura sublima culturalmente la violencia y la brutalidad de nuestros reflejos animales más arcaicos: de la vociferación al murmullo.

En tanto potencia, la dulzura no es una sublimación bajo el ángulo del instinto de vida que vela siempre por preservar las condiciones de su plena realización... Lo que sublima es el acceso mismo a lo viviente.

¿Una pulsión de dulzura?

Crueldades

Es una crueldad refinada la que Dostoievski descubre en el alma humana. Vergüenza, bajeza, traición, pero también maldad cínica, elegante, refinada que Piotr Stepánovich, el alma condenada de Stavroguin en *Les Démons*,[10] encarna. El goce de hacer el mal. A ese respecto, la escena del asesinato/suicidio de Kirilov es un fragmento de antología en que lo real puro se devela en todo su horror. El mal que él siembra en torno a sí está hecho de la imposibilidad de enlazarse con el otro. Como lo hace notar Heitor de Macedo en un seminario aún inédito consagrado a esta obra,[11] "Stavroguin está en un sentido más allá del bien y del mal. Inalterado e inalterable, no deja de atacar los lazos desde que se forman. Los lazos permanecen virtuales y nunca reconocidos como tales, y tejen un

---

10 La novela se tradujo en todas las lenguas con títulos diferentes (en castellano, como *Los endemoniados, Los demonios,* etc.). Hasta donde sabemos, la última versión en nuestra lengua es *Los demonios,* trad. de Juan López Morillas, España, Alianza editorial, 2011.

11 El seminario fue publicado un año después que este libro: Heitor O'Dwyer de Macedo, *Clinique de Dostoïevski ou les enseignements de la folie* ["Clínica de Dostoievski o las enseñanzas de la locura"], Nantes, Éditions Cécile Defaut, 2015.

intercambio entre él y los otros". Animal de una potencia inaudita que seduce a hombres y mujeres que se le presentan, habiendo violado e impulsado al suicidio a una niña de once años revela, en su confesión, que ningún pensamiento le bastaba para quitarle ese dolor. Stavroguin es una figura crística invertida. Un extraño ejemplar de la humanidad al que la redención roza sin jamás alcanzarlo. Incluso en su cara a cara con el monje Tijon o frente al amor que le prodiga Shátov, no puede hacer nada. El personaje de Liza, sublime, no logra salvarlo. Ella no está armada para el mal. Le propone un cambio ofreciéndose a él y, ante su mentira, sale corriendo y termina muriendo en medio de una multitud en delirio. Ninguna salvación posible: tal es la constatación. Y sin embargo, hay una dulzura de Stavroguin. Una dulzura de un extremo salvajismo. Una dulzura en la medida en que avanza exponiéndose todo el tiempo, en lo que él es, sin ninguno de los fingimientos que esgrimen sus contemporáneos, transgrediendo frontalmente las leyes y los usos. Aceptando un duelo sin apuntarle nunca al adversario, mordiéndole la oreja al comendador a manera de respuesta, impulsando al suicidio, al asesinato o a la cobardía a aquellos que se jactan de tener los más grandes ideales de la revolución rusa, pone al desnudo toda la abyección que él porta, en el fondo, sin conciencia de sí.

Stavroguin es una figura byroniana cuya divisa sería: "Véncete tú mismo y vencerás al mundo". Admitir que el pensamiento no puede

todo le es imposible. También dejar el sufrimiento, lo único que posee el sujeto —que le da consistencia.

La receptividad absoluta es la condición del pensamiento del otro. Es una ascesis necesaria. Una operación que va a ampliar la vida y el campo de los posibles. Ser portador de un pensamiento es una responsabilidad; la cuestión del bien o del mal se plantea muy exactamente en esa dirección. En sí, la dulzura, que tiene con la alegría grandes contigüidades, no es una protección contra el mal, puede incluso ser su vehículo. El mal no coincide necesariamente con la conciencia del mal. Es incluso heterogéneo a ella, se alza hasta el ideal, hasta la bondad, para invertir su efectividad pacientemente, y destruye así toda posibilidad de vida. La tentación de la autodestrucción comienza con la vida misma. La dulzura es también una tentación del verdugo. Progresión infinitesimal del amor al odio: ¿cómo se vuelve uno verdugo? No es cierto que un día eso se apodera de uno y uno aprieta el gatillo, ni siquiera si está autorizado en tiempos de guerra. Habrá hecho falta antes contemporizar con el mal. Cuando la dulzura bascula hacia el horror, es porque lo abrigaba. ¿Había comenzado su pacto con la infancia?

La crueldad es un ataque contra lo que envuelve al viviente en crecimiento hacia su vida propia y le permite las condiciones de su autonomía, de su libertad, de su altura. Aplasta a lo posible asfixiando hasta del

hueso su protección frágil que es una irrigación y un vector, literalmente un "transporte". Alcanza al corazón pareciendo no atacar más que el afuera, la piel. Porque la alteridad constituye la ofensa primera que nutre a la crueldad. Hay observaciones asesinas dichas con una voz dulce, y hay violencias que se hacen caricias para alcanzar mejor al corazón.

En el infierno

La devastación que tuvo lugar en el siglo XX lleva un nombre: Shoah. Cada ser está concernido en su historia, su filiación, su pensamiento. Lo innombrable encontró allí dónde superar las fronteras que se le podían asignar al mal. De ese traumatismo, ninguno de nosotros volvió aún, incluso si creemos estar lejos de él, temporal, familiar o históricamente. Esa planificación es el monstruoso rostro de una ideología asesina de la técnica y de la traición. Todo acto de barbarie se apoya en una traición.

En el corazón de nuestra historia están el nazismo, la bomba, los genocidios, las deportaciones masivas. Cuando la supervivencia se aferra a un gesto, por más tenue que sea, ¿qué deviene la dulzura, tan cerca de la muerte? Cada uno de nosotros lleva esta memoria. No se puede recibir la palabra de un ser solo bajo el horizonte de su historia familiar. Hay que registrar allí las huellas de la gran historia, las sombras de la devastación, los signos de los traumas colectivos y las épocas de silencio y de olvido.

"Penetrado por la pasiva dulzura, así tiene como un presentimiento –recuerdo de un desastre que sería la más dulce imprevisión–. No somos

contemporáneos del desastre: allí radica su diferencia, y esa diferencia es su amenaza fraternal".[12] El desastre no tiene salida, se propaga como un mal augurio y mina la historia desde el interior. Proceso en el cual no se injerta ninguna promesa, hace oír que el trauma es algo que queda por pensar, no solo individual sino también colectivamente. Que pueda ser "la más dulce imprevisión" proviene de que no somos contemporáneos de él. Cuando sobreviene el trauma, deshace la posibilidad misma de estar allí como sujeto –salvo en raras excepciones, cuando hay testigos lúcidos que pueden afrontarlo como tal sin quedar destruidos–. Algo de devastador se abate, que nos impide ser hermanos.

Y sin embargo, es ahí donde más esencialmente es convocada la dulzura. El genial psiquiatra de guerra W. H. R. Rivers fue asignado, durante la Primera Guerra Mundial, a la "reparación" de los soldados que, víctimas de alucinaciones y de angustias, se desplomaban en plena batalla. Ni desertores ni cobardes: no se los podía fusilar. Había que intentar curarlos... para poder enviarlos a combatir de nuevo en el frente. La tarea era muy dura. Los hombres sentían en su cuerpo y en su psique la explosión que había cortado en dos a su camarada, volvían a ver la escena en un

12 M. Blanchot, *L'écriture du desastre*, Gallimard, p. 14. [Hay más de una versión en castellano. La última publicada es *La escritura del desastre*, trad. de Cristina de Peretti y Luis Ferrero Carracedo, Madrid, Editorial Trotta, 2019.]

presente paralizado y guardaban en ellos el anestesiante olor a sangre. Eran condenados vivos. A esos seres les propuso Rivers una escucha que recreaba la fiabilidad de un lazo, fundada en la proximidad, la capacidad de promesa y la mansedumbre. Lo que les ofrecía no era ni una redención ni una escapatoria posible, sino una palabra que venía a darle un abrigo a la memoria de los muertos y devolverles a los vivos una época de vida.

Escuchar

"Pero no hay grandeza, a mis ojos, más que en la dulzura" (Simone WEIL). Yo diría, más bien: nada extremo sino por la dulzura. La locura por exceso de dulzura, la locura dulce.

Maurice BLANCHOT

Un psicoanalista, hasta cuando es abrupto, no escucha sin dulzura, ya que ella participa en un gesto que invita al otro. Tal vez a veces no oiga nada, tal vez sueñe o se ausente o esté furioso contra aquel que lo obliga a mantenerse ahí, frente a él. Tal vez no comprenda nada de la historia que se le cuenta, de lo que traiciona ese rostro, esa voz.

Aun así, lo que hace nacer la escucha es la posibilidad de una emoción en inteligencia con lo que el otro ignora de sí mismo. La escucha (que puede ser flotante) que el psicoanalista guarda para con aquel que le

habla, se queja, sufre, se sofoca, es una atención particular a los detalles: granos de voz, imágenes evocadas por una vacilación, actitud, palabras extrañamente combinadas, tics de lenguaje. Les presta tanta inteligencia como a lo que es significado. Su aparente inmovilidad, su silencio apenas acentuado, sus pensamientos, nada traduce su desconcierto. Resiste a la queja que invade el espacio y primero el cuerpo del otro que está ahí frente a él y le dirige su mortificación. Resiste a la historia que el mismo estribillo destila a la misma hora, resiste incluso al deseo de saber. Intenta *oír* de otro modo, ir a desemboscar a los fantasmas.

La queja dice sin cesar la falta: de palabras verdaderas, de sexo, de reconocimiento, de honor. La queja no es ni siquiera una queja, se la usa hasta la saciedad. Trauma, historia de las guerras, olvido, distorsiones, distancia —lo que constituye un origen se teje en los entrelazados de un silencio que reclamará sus derechos—. La resistencia del analista es un combate, en cada sesión, poco a poco, contra el verdugo interior del que él se hace el adversario. El paciente no lo sabe, a veces lo adivina. Es él el que sufre el yugo de esa tiranía falsamente dulce (superyó) según la cual se ordena y que se interpone constantemente entre los otros y él, haciendo de cada acontecimiento una reiteración de un pasado. Ese amo sádico decide lo que será verdadero o no, factible o no, y el analista asiste impotente a ese desmembramiento. Un verdadero juego de masacre. En el nombre de lo que uno debería ser, o peor: habría debido ser; masacre también de ese

condicional pasado que hace del pasado un reproche viviente. ¿Cómo se llega a quejarse sesión tras sesión encontrándose siempre una excusa? Intentar hacerse creer que se trata sin duda del destino: el psicoanalista se vuelve el testigo asistido de un guión escrito por adelantado. Y el verdugo se ríe con ganas de ese testigo, su benevolencia lo hace sonreír.

El psicoanalista oye esa falta de dulzura. ¿En qué orilla mantenerse para creer que pueda modificarse lo que se llama fatalidad? La percepción de la dulzura viene después. Un límite franqueado, una muerte atravesada, una frontera prohibida cruzada, sin una pizca de vergüenza. Es entonces cuando puede advenir. Actúa, llega para trastornar la cita. Desviar la palabra cuando surge una verdad imprevisible. Un bálsamo de dulzura se vierte entonces. Es un estado de gracia que no dura. Poco importa: habrá tenido lugar. Es para tales momentos que el analista está allí. Le habrá hecho pasaje en su escucha a aquello que, entre las palabras, entre los signos, en los intersticios de un sueño, de un silencio, de un miedo audible en la respiración demasiado rápida, apareció. Microdisonancias, rupturas de cadencia. En esa orilla de la voz que arrastra el sufrimiento y la maldición hay pasajes ignorados, olvidados, esos que el sueño toma para llegar hasta nosotros, esos que la visión arrebata y a los que obsesiona el insomnio.

Uno se embarca más allá de sí. Percepción infinitamente más vasta que todo aquello que se le supone a la psique que observa y regla nuestras

conductas. La dulzura no tiene tiempo, es también el tiempo. Envuelve a la temporalidad por entero, de allí el sentimiento de reminiscencia que nos llega en su presencia. Es una pena que nos haga falta tanto tiempo para percibir que habremos buscado allí una salida que no existe, que ni siquiera tiene razón de ser, una pura reflexión, un espejismo. Que solo cuenta el cómo, la cita consigo —es decir, con lo que atraviesa y funda una vida, una idea de justicia, una manera de amar, de dar.

La dulzura nos visita. No la manipulamos ni la poseemos jamás. Hay que aceptar entrar en sus mareas, recorrer sus caminos huecos, perderse para que sobrevenga algo inédito. Se podría decir que la dulzura se aloja en ese espacio delicado, fracturable, donde es con nuestro consentimiento que algo ocurre, pero sin que podamos ni comprenderlo ni aprehenderlo en las fronteras de nuestro antiguo yo.

¿Cómo escuchar sin ceder uno mismo a la tristeza ante tales sufrimientos? Hay en ella una forma de pasión de la que es difícil deshacerse cuando caímos en sus redes. ¿Cómo recibir la maravilla? Lo inconfesable es el espacio de un combate que se ha desertado, a veces desde hace mucho. El tiempo no pasa en ese registro que se llama inconsciente. Para una parte de nosotros mismos, la simultaneidad de los acontecimientos se desarrolla sin pausa ni reparación. La pena es, en su origen, una experiencia que no puede ni figurarse ni decirse,

sino solo volver, de modo espectral. Obsesionar bajo esa forma tenue e insistente de la tristeza. El analista sabe que hay algo de inconsolable en lo que no puede decir, en tal o cual instante, ese hombre que va ahí a buscar consuelo. O al menos, en su escucha, la dulzura. Ella sería el otro nombre de aquello que toma en sí una parte de esa pena inconsolada, congelada en un tiempo del que ningún relato puede dar cuenta. Le hará falta, sencillamente, estar ahí y compartir la espera. El hombre habla de una separación imposible de atravesar, de una mujer a la que, sin embargo, él dejó sin pensar demasiado, y que ahora lo atormenta. No comprende esa pena, ni esa carga de la memoria. Realiza lo que hay que hacer, y aún más, pero nada vence a la tristeza. Habla de ese "tiempo de antes", aquel en que algo se decidió a sus espaldas y que él no habría visto.

La potencia de la escucha es una realización suspendida. En espera de consumación. La palabra [*parole*][13] pierde aquello que designa: lo que se

13 Dado que en el ámbito psicoanalítico, a partir de las traducciones de Jacques Lacan, se vierte *parole* (en su acepción de acción de *parler*, "hablar", por lo cual se traduce como "habla" tanto en el lenguaje corriente como en lingüística) por "palabra", versión que asumimos en este contexto, diferenciamos aquí ese término de *mot* ("palabra" como unidad lingüística en ambas lenguas), mediante la aclaración de los vocablos franceses entre corchetes, en los pasajes en que se encuentren ambos.

dice se mide constantemente a la luz de lo informulable, que la sostiene en forma secreta. En su escucha, el psicoanalista intenta ir al encuentro de lo que no se dirá, oír en las hesitaciones, en la emoción que retiene otras palabras [*mots*] prohibidas, borradas.

Hay en la naturaleza —escribe Aristóteles— una perfección de la realización de la potencia. Cada cosa que existe puede ser contemplada a partir de esa perspectiva. Hay que soportar su carga. Comprender que lo que escapa —lo intraducible, lo que no llegará nunca a la palabra [*parole*]— es muy precisamente aquello que permitió que hubiera palabras [*mots*], palabra [*parole*], un ritmo, rituales. Es el alma (se la llama así) de la cuerda, aquello alrededor de lo cual se trenza el resto.

No es que uno y otro se escuchen, es la escucha lo que se despliega entre ellos. Su dulzura proviene del hecho de que enlaza a dos desconocidos en presencia que se han vuelto muy familiares uno del otro: una o dos veces por semana, a la misma hora, el mismo día. Esos desconocidos fueron niños cuyos pensamientos, imaginario, miedos, ganas, deslumbramiento y emociones de amor se alojan en parcelas de luz en el cuerpo, en las palabras [*mots*], en lo que habita su mirada. La potencia de la escucha es activante, en los pliegues —en el sentido en que los entendía Deleuze— de la psique que son otros tantos microrregistradores de lo real.

La escucha vela por lo inesperado.

¿No es la escucha la figura más dulce de lo inesperado, del azar, del encuentro? Lo que nos alcanza más allá de los límites que nuestro imaginario había prescrito. Lo inesperado se arraiga en la esperanza y la deshace al mismo tiempo que la realiza. Es una cualidad de lo real. La más dulce tal vez, ¿por esa razón queremos evitar su efracción a toda costa?

La dulzura es ese desvío esencial, con todo el espacio en contraplano. No hay ruta, ni indicación, ni cartografía del paisaje. Ese es el costo del espacio psíquico: retomar hacia sí lo que se sabe, apostar por lo innombrable. Fundarse sobre el resto de noche que nos rodea, antes de la civilización, del lenguaje, de los rituales.

Trauma y creación

La dulzura es aquello que invierte la efracción traumática en creación. Lo que deposita, en la noche fantasmal, la luz; en el duelo, un rostro amado; en el desmoronamiento del exilio, una promesa de vera en la que sostenerse. Es así como entra la luz, huella más fuerte que las ganas de volver a ello, más fuerte que el objeto perdido de la melancolía o de la renuncia.

Para acercarse al trauma, hasta para curarlo, hay que poder ir hasta ahí donde el cuerpo fue alcanzado. Hay que coser otra piel sobre la quemadura del acontecimiento. Fabricar un envoltorio protector *ad minima* sin el cual ninguna liberación es posible, ya que de otro modo se volverá una obsesión en la vida del individuo. La dulzura es una de las condiciones de esta reconstrucción.

El trauma es un arrebatamiento negativo. El sujeto es arrebatado a sí mismo, su yo no gobierna más, es arrastrado, desarbolado, algo que lo atenaza lo hace volver a ese momento de la existencia en que no estaba aún constituido ni construido pero ya existía enteramente. El trauma es

una subversión que ordena un exilio. El hecho de no querer saber nada de él prepara la llegada de todas las depresiones, desde el régimen de la renuncia más radical hasta el de medias tintas de la depresión blanca. Y ciertos medicamentos chapucearán las ganas de existir, o la pena de amor, o el fracaso profesional o el sentimiento de impostura, ya que nada vuelve a coser esa llaga. Nada más que la creación, que la reabre de otro modo y en otro lugar, pero sobre un terreno menos movedizo.

La dulzura puede llegar cuando cesa el dolor traumático. Ese retorno a la libertad de un cuerpo no violentado, de una palabra sana, es ya una creación. Volver a encontrar sensaciones primitivas de comienzos del deseo, tal vez también de comienzos del tiempo. Salir del trauma aliviana presiones que ejercía el dolor. La convalecencia ofrece un sabor tal que es en sí misma una suerte de milagro que solo se disfrutará esa única vez.

En los confines

Están la dulzura de la madre para con su hijo, la de la caricia del amante, la del animal, la dulzura de una atmósfera y la de un estado de ánimo. La sutileza proviene de lo precioso de cada una de sus ocasiones. Lo que es tocado o guardado o sentido difunde una cualidad que es difícil de determinar en el momento pero que nimba a lo real. La buena distancia que la dulzura inventa le permite a cada uno existir en su propio espacio; ella es lo contrario de la efracción.

¿Cómo llamar a esa parte salvaje que va a buscar en los confines de ese retiro llamado "estar solo" el comienzo de esa vida elegida y no sufrida?

Clandestinidad de la dulzura

Bajo toda dulzura carnal un poco profunda,
está la permanencia de un peligro.
Marcel PROUST

Pasar a hurtadillas [*en douce*].[14] Por debajo del manto. Invisible, la dulzura se deja olvidar. Tan discreta y esencial como un latido de corazón.

Irse a hurtadillas [*en douce*]. Evadirse. La dulzura mantiene con el secreto algunas afinidades electivas. Aliada de la noche de los amantes, su escapada de los radares.

14 La expresión *en douce* (que volverá a aparecer hacia el final del texto) puede verterse por "furtivamente", por expresiones como "a hurtadillas", "a escondidas", "en secreto", o bien por otras que den esa idea: "sin que nadie lo note (o se dé cuenta)", "sin que se note", etc. La traducimos por tal o cual expresión, según el caso, pero siempre añadimos entre corchetes la expresión en francés.

No estar a las órdenes de nadie, *sin que se note* [*en douce*].

Ningún acontecimiento de este mundo le es ajeno, ya que porta la responsabilidad de la palabra [*parole*]. Sin dulzura, no hay ser en el mundo de la palabra [*parole*]. El niño traduce en palabras [*mots*] una emoción que lo sumerge. Repite, balbucea, ecolaliza: "mamá" es la primera palabra [*mot*] de casi todos los niños de este planeta, y para el niño designa la dulzura. La familiarización con el mundo se hace a partir de una palabra [*parole*] tan suave como un susurro que arrulla. Entre vigilia y sueño, el mundo es cantado y se deposita a hurtadillas en las primeras palabras [*mots*].

Clandestina figura de lo que avanza a cubierto. Una idea anarquista pasada a hurtadillas en un texto jurídico y que invalida toda su construcción.

La vigilancia se ha vuelto una rutina: todo puede dar cuenta de nuestros actos, de nuestros gestos, de nuestras conversaciones telefónicas, de nuestras ganas, de nuestros amigos. Hace que la dulzura se "corte" como la leche.

La dulzura está agazapada. En emboscada. Hacia el fin de su vida, Freud hizo la hipótesis de que la pulsión de muerte era originaria. *Bellow the line of human bondage: hate.* Somos sobrevivientes de una larga historia traumática, colectiva e individualmente. No pienso que baste el odio para sobrevivir.

La dulzura llegó al jardín, a la hora de la noche. La oscuridad revela el tacto a ciegas. Allí donde la mano deviene de nuevo enteramente pensante comienza también, en secreto, la dulzura.

No hay secreto que esté oculto allí desde siempre para ser revelado (eso sucede en los libros para niños) ni caja de Pandora por abrir, no más que el puro movimiento de la vida.

De pronto aparece un pequeño zorro. Viene a beber el agua turquesa en la luz de la mañana. El animal se dirige hacia el otro borde y desaparece. Con los eucaliptus, llega un olor a hoja estrujada y a mandarina. Hay en la furtividad del animal salvaje un centelleo de una dulzura jamás interpelada.

El erotismo es la invención de una música que nunca tuvo curso. Lo que en el erotismo pertenece al ritual, a la letanía, es paradójicamente clandestino. Hay dulzura en esa domesticación recomenzada del salvajismo, de la mordida, de la brutalidad, incluso cuando a veces es deseada. El ritual dice por sí mismo una forma de reconocimiento secreto, tácito y libre.

La fiesta sensible (IV)

Hierba rasa, terreno en pendiente, los rosales desnudos en la luz de invierno. Un petirrojo hizo su nido en el macizo: aparece cada día a la misma hora o más o menos. No hay que estar demasiado atento a las cosas, solo considerarlas en su vital desequilibrio algunas veces, entonces, suavemente [*en douceur*], liberan un secreto.

La naturaleza tiene todas las memorias, y sin embargo es un absoluto presente, traslúcido para todo aquello que no es reflejado por ella, luz, noche, frío, nieve. Playa en invierno, arena fría, olas cortas cortantes, cuatro chicas juegan al voleibol riendo, sus cabellos se alzan, toda su vida acurrucada allí, en lo hueco del cuerpo, intacto. Ellas no lo saben. Arena escurrida entre los dedos, pequeños trozos de cristal pulidos por el mar, gastados, tibios en la mano cuando se los recoge. Arena aún fría apenas nacida de la noche, del tiempo antiguo como ignorando la muerte, sepultada lejos bajo las piedras, la luz, las voces infantiles desaparecidas.

La nieve deviene dulzura con el sol de la tarde.

Un cárdigan color damasco, signo de la sensualidad misma: *fetichismo de niño.*

Cielo blanco, ninguna sombra ya en ninguna parte. Dar vueltas en la nieve con los brazos abiertos. No más arriba ni abajo. Láminas de luces finas escamadas.

Un perfume, un segundo. Pequeña puerta del placar del cuarto de baño dejada entreabierta por un niño curioso. Frasco apoyado, volcado. Canela, ámbar y otra cosa; nadie sale indemne de esa memoria. Piensas en todas las vidas posibles que un olor repentino hace presentes. Redondo, tierno. Les devuelve a las cosas su contorno, puesto que ellas existen solo por esa densidad sin color. Todo un perfume para evocar una piel, una atmósfera para liberar en la memoria lo que no nos pertenece y nos atraviesa.

La dulzura es una relación maravillada con el pensamiento.

Una sensación de ingravidez que con ella comparten los cosmonautas, los cometas. La dulzura alivia a la piel de ser piel, no resuena, se funde, se enrolla en torno a las líneas del paisaje, no moja nada, le da espacio a las cosas, les quita su peso a las sombras.

La dulzura se esconde en el interior de las voces del exilio, encuentra allí un eco a su pasaje, su inasible levedad en la tesitura de una voz.

Suavemente [*en douceur*], experimentar el mundo como si se tuvieran los sentidos a flor de piel.

La angustia llega al cuerpo cuando la dulzura lo abandona.

Habría que hablar de los cielos en que falta la dulzura, desesperadamente claros, sin agua. De esos estados que se parecen a esos cielos, cuando uno se exilió interiormente, cuando nada parece poder alcanzarlo.

La dulzura es una calma. Irradia en el corazón del huracán, testigo de las fuerzas desencadenadas, pero ella misma intocada. La calma es una potencia suprema.

Juegas con la niñita que desplaza las figuras del pesebre de Belén en el suelo como a caballeros en un tablero de ajedrez invisible. El cordero, la cabra, la lavandera, el rey mago. Otras tantas constelaciones para nuestro cielo íntimo. Ese tiempo que se le da al niño es infinitamente precioso. Crea el pensamiento y la tierra dentro de sí, deposita esa sombra proyectada de nuestra espera en alguna parte, a salvo. La dulzura es el movimiento de la mano del niño para atrapar la paloma de estuco azul y blanco, ponerla al borde de la cinta (la cinta es el río, hay un puente en cerámica por encima y una pastora, inmóvil, que lo atraviesa) y desplazarla un poco, para ver. Ese tiempo es el tiempo para nada, para el acontecimiento puro de estar juntos.

Dulzura de la enfermedad y de la convalecencia, del tiempo que se estira infinitamente, sin bordes con la irrealidad que da la fiebre. Los contornos de lo real se desdibujan; queda en nosotros como un depósito muy liviano del mundo en sí, pura sensación de existencia.

Infancia

La dulzura tiene en común con la infancia que impregna el pasado sin dejar más huellas que la mayor parte de los acontecimientos vividos.

La dulzura pertenece a la infancia: es su nombre secreto. El placer que descubre el niño que explora y prueba es una experiencia del mundo que será el reservorio de sus apegos secretos. El mundo no cambiará de lengua para el adulto que llegará a ser. La dulzura exquisita de tal tarde al borde del agua está encapsulada para siempre en toda luz semejante. No se sobreviviría a la infancia sin dulzura, ya que todo está ahí tan expuesto, al descubierto, es tan sobreagudo y —en un sentido—, violento, que la dulzura es su condición previa absoluta.

No se recupera uno de su infancia sin elegir una segunda vez, conscientemente, la vida. No basta con nacer. Las alegrías, las esperas, las molestias de la infancia son acontecimientos que nos reúnen en una intensidad que va a dar el "la" a toda la existencia. En ese sentido, toda la infancia es traumática, no en un sentido dramático, sino por el hecho de alcanzar en nosotros territorios psíquicos por la percepción y por la

sensibilidad primero. Y porque estar enteramente ahí, sin resto, es inusual y se vuelve más inusual en el curso de la vida, a medida que nuestro yo disperso, fragmentado, toma el relevo, y la ausencia a nosotros mismos deviene la regla.

La dulzura llega con la posibilidad de la vida, con el envoltorio uterino que filtra emociones, sonidos y pensamientos, con el líquido amniótico, con el tocar[15] a la inversa de la piel, con los ojos cerrados que todavía no ven, con la respiración aún protegida de las agresiones del aire. Sin la dulzura de ese tocar original no estaríamos en el mundo. Sin duda, duerme en cada una de nuestras células, invitándonos al retorno imposible a ese mundo perdido que fue, mucho antes de los brazos maternos, una mecedura. El mundo de la infancia la prolonga, y por eso la imagen de un pequeño que duerme es una de las imágenes universales de la dulzura, como si el aura de inocencia y el infinito mismo del cuerpo, de la piel, la confianza y el abandono total del que da muestras ese cuerpo nos remitieran a ese abandono primero del que venimos.

15 Con respecto al "tacto", a lo "táctil" y al "tocar", ver la nota de traducción correspondiente en "La fiesta sensible (I)".

Dulzura de la melancolía

¿No hay en la melancolía, también, la atracción de una dulzura mortal?

La angustia nace como una pequeña música infiltrada cuya tonalidad deshace, poco a poco, todos los otros sonidos. La inquietante puntualidad que la caracteriza (las mismas horas de la noche o de la mañana), una vez que nos tiene en su garganta, pone entre ella y nosotros un espacio de salvajismo absoluto al que no podemos aproximarnos racionalmente. La angustia no se deja domesticar. Impregna el espacio de todo reconocimiento posible, no se ve cómo podría abrirse el horizonte, no se ve más que su línea cerrada. La angustia es una amenaza de muerte en el momento en que habría que aceptar ser mortal y, por ende, ser liviano —no pertenecer, ser trashumante en esta tierra—. Lleva a un ligero desequilibrio en el espacio y en el tiempo que deja de pronto en el más total desasosiego. El cuerpo se anuda. Llega entonces la idea de que todo podría ser vano, de que ya no habría partida por jugar ni apertura en el tablero.

Cuando nos oprime el sentimiento de que nadie puede unirse a nosotros, de que esa soledad no se deshará de nosotros jamás, hay que

encontrar aún la fuerza de tender los brazos, de besar, de amar. De decirlo, de recomenzarlo, de oír el murmullo de esa voz salvaje que nos llama mucho más acá de los comienzos.

La melancolía corriente hace estragos. En su estela, no anuncia el color mortal con el que se viste; pone caras, se dice triste primero, luego blanca, después exangüe y, finalmente, cuando aparece la atracción de la muerte, nadie ha visto nada, nadie ha comprendido nada. Lo dejan solo a uno con eso. Medicamentos, medicinas, familia agobiada, es el ritornelo: "tendrías que dominarte". El melancólico quiere a su objeto perdido hasta terminar con él, recomenzar esa muerte indefinidamente remendada, devastadora. Quiere devorarla, destrozarla, desgastarla para su propio goce. Habría que atizar en un sentido la enfermedad, entonces, para reencontrar lo vivo.

La dulzura impregna a veces la decisión de aceptar lo más terrible: un duelo, por ejemplo. Está tejida, enrollada en el interior del cuerpo y en el hueco de la garganta esa tristeza sin edad, eso que en nosotros llega a compartirse con los desaparecidos, con los ausentes. ¿Es posible atravesar la melancolía? "Cuando la sombra del objeto recae sobre el yo", escribía Freud. ¿Puede ser mortal la dulzura? Sí, tanto en la melancolía como en el sueño, en la nieve, en el agua: hasta el olvido de sí absoluto. El desprendimiento, la ilusión del desprendimiento total.

Dolce vita

La sensación de existir es dulce porque implica
una copresencia originaria del otro en la que vivir, existir,
sentir que uno existe y compartir esa sensación
con los demás son una sola y misma cosa.
Giorgio AGAMBEN

No siempre es dulce vivir. Pero la sensación de existir llama a la dulzura.

La imagen de Anita Ekberg que entra toda vestida en la Fontana di Trevi bajo la mirada de un hombre maravillado —y de la nuestra— queda grabada como la de una vida que invita a la dulzura pero también a la locura, a la libertad danzante y a la sensualidad.

En la dulzura de vivir hay una atmósfera templada, ni demasiado caliente ni muy fría, de la misma temperatura de los cuerpos. Hubo en la Historia tales climas.

La dulzura de vivir posó su huella en el Renacimiento y encontró su apogeo en el siglo XVIII con el arte de la conversación, la compartición del espíritu, el secreto de la fiesta carnal, el gusto por la libertad. Fue una manera de pensar el mundo, de estar en amistad con el cuerpo erótico y pensado; fue un arte de los jardines, de la arquitectura, de la luz. La maravilla no era solo un fantasma sino una manera de experimentar lo real.

En cada época, la dulzura de vivir se encarnó en la elección de vida de ciertos seres o ciertas comunidades, pero a menudo en la clandestinidad. No se considera a la dulzura de vivir con la benevolencia esperada, ya que contiene una irreductible atracción por aquello que se arriesga fuera de las normas, de las obligaciones y de los juicios impuestos: es una reverencia a lo que en el principio mismo de la vida no se fuerza.

Cuando nuevas formas de lenguaje, de manera de amar, renuevan una relación con el mundo, como, por ejemplo, en el cine, en pintura, en las costumbres y en la literatura del período de entreguerras, la dulzura de vivir deviene el fermento secreto y reservado.

La dulzura de vivir, ¿es un estado de gracia o el fruto de una difusión continua? ¿No sería entonces sino el movimiento visible de una lenta y larga metamorfosis cuyo balancín secreto sería la libertad? ¿A qué distancia ponerse para hacer tal evaluación? ¿Es solo realizable, o hace falta solamente esperar no dejarse cristalizar vivo en una de las formas del

resentimiento (Nietzsche, de nuevo), del abatimiento, de la crispación identitaria y de todas las formas de miedo que allí se mezclan? ¿Cómo aclimatar nuestra época a la posibilidad que la potencia de la dulzura nos ofrece, no solo de esa benevolencia para consigo que ella implica, sino también de ese impulso espiritual y carnal que la anima?

Una revolución, a hurtadillas [*en douce*]

Nomen dulce libertatis –dulce nombre
de la libertad.
CICERÓN

Es por inadvertencia, a veces, que una revolución tiene lugar. Un efecto de una extrema dulzura, apenas diferente de los otros momentos, y es sin embargo la vida la que súbitamente arde, se abrasa. Pero con un fuego de una dulzura inexplicable. Como si de pronto nos tomaran de la mano a lo largo de un precipicio y fuera necesario no solo pasar sino danzar, y que sí, danzáramos sin miedo ni vértigo, que el espacio mismo se refugiara en nosotros y que entonces, al llegar al otro lado, todo hubiera cambiado, pero sin violencia. La revolución íntima, ¿es algo de este orden? Es eso lo que la hace tan difícil de pensar, de transcribir, de captar. Es una espiral que nos lleva hacia una altura desapercibida por nosotros hasta entonces, cuando la verticalidad descubre, en un espacio cien veces recorrido hasta

la náusea, en la repetición de los días, de las actitudes, de las palabras, un camino desconocido, una elevación que nos da un soplo de aire fresco.

La dulzura es un retorno sobre sí mismo que inventa por venir, a imagen de la espiral. Una revolución abierta. Es una "retoma"[16] en el sentido

16 En el original, *reprise*, término con el que Nelly Viallaneix (*La reprise*, París, Flammarion, 1990) vertió al francés la categoría kierkegaardiana conocida como "repetición" (*répétition* en francés), *gjentagelse* en su lengua de origen, término formado por el prefijo *gjen* ("de nuevo") y por un sustantivo forjado a partir del verbo *at tage*, "tomar". El sentido literal es entonces, en francés, *reprise*, término configurado por el prefijo *re-* y el sustantivo del verbo *prendre*, que es "tomar". Demetrio González Rivero, primer traductor directo del danés del libro (S. Kierkegaard, *In vino veritas. La repetición*, Madrid, Guadarrama, 1976), reconoce en nota a pie de página que la traducción literal sería "retoma", sustantivo poco frecuente del verbo "retomar", y observa que también podría verterse por "recuperación", término que también propone Oscar Cuervo en su *Kierkegaard, una introducción* (Buenos Aires, ed. Quadratta, 2010). Preferimos verter el término por "retoma", vocablo que nos permite traducir *literalmente* tanto el vocablo francés por el que optó en este punto Anne Dufourmantelle como el original danés. Cabe aclarar que en otro libro de la autora, *En caso de amor. Psicopatología de la vida amorosa*, traducido también en uno de los sellos editoriales que comparten la responsabilidad del presente libro, Nocturna editora (Buenos Aires, 2018), los traductores, Karina Macció y colaboradores, se refieren a la misma categoría kierkegaardiana como "repetición" (en "Pensar la repetición", págs. 36-44), ya que en el texto se parte de *Diferencia y repetición*, de Gilles Deleuze, y la referencia del texto de Kierkegaard que menciona allí Anne Dufourman-

en que la entiende Kierkegaard: retornar al pasado, una posible apertura a lo inesperado. Si se cree en el manejo del inconsciente, retornar sobre sí mismo no es solamente recordar. Porque la memoria se relaciona con un "yo" pasado que ya no existe bajo el aspecto de un yo presente aún indeterminado. La retoma sería, como el *amor fati* nietzscheano, un retorno consentido sobre el pasado que, por esta aquiescencia, descubriría toda su potencia secreta. Comprenderse o "entenderse" no carece de efecto. La dulzura es uno de los nombres de esta reconciliación con lo que fue reprimido, exiliado en el pasado, y es así "retomado" con mansedumbre y con el coraje necesario para confesarse que uno estuvo allí, en consciencia.

La dulzura es lo que nos permite enfrentar a ese extranjero que, en nosotros, se dirige a nosotros. Es la voz que el poeta anima, y recoge. Es

---

telle es la de las *Obras completas* del danés traducidas por Paul-Henri Tisseau y su hija, que son las primeras y las pioneras, pero hubo otras traducciones luego. Se tradujo "répétition", correctamente, como "repetición". Aun así, en el mismo capítulo, cuando la autora se refiere literalmente a la *reprise*, los traductores vierten el término, como acabamos de hacerlo, por "retoma" ("El joven [...] reflexiona sobre el sentido mismo de esa 'retoma' tan esperada y no acordada [...]", pág. 40). Es decir que ya en ese entonces (2009) Anne Dufourmantelle tenía al menos conocimiento de que una versión, la de Nelly Viallaneix, rebautizaba así la categoría kierkegaardiana. Es posible que haya adoptado el término luego: en el presente libro, en todo caso, lo hace.

una parte del mundo salvaje depositada ahí. Como somos nosotros los que la albergamos, nos hace falta una gran dulzura para amansar incluso algunos de sus instantes de efracción. La locura (la psicosis, se dice hoy en día) es una emboscada prolongada de esa alteridad devenida soberana. A veces para escapar a mentiras que castigan duramente desde hace generaciones.

Un joven italiano había sido enrolado en el ejército durante la Primera Guerra Mundial. Desde hacía meses se escondía, con los suyos, en la montaña. Ya casi no tenían víveres. La orden era la de defender un desfiladero, costara lo que costara. Con un sentimiento de absurdidad que intentaba ocultar a los otros, llevaba un diario personal. Una tarde, percibió un movimiento de tropa del otro lado de la falla que separaba el valle estrecho y pensó que todo estaba perdido. La ofensiva tendría lugar a la mañana del día siguiente, eso era seguro, y ellos no tendrían suficientes municiones para defenderse. Esa noche decidió, sin que lo supieran sus camaradas, ir a hacer una incursión lo más cerca posible del campo enemigo. Cuando llegó a la mitad del camino, y en el momento en que iba a dar media vuelta, escuchó una canción que se elevaba de un gramófono. La sorpresa lo retuvo. Quedó tan conmocionado que decidió avanzar a descubierto con un signo de rendición en la mano. Lo capturaron de inmediato y lo llevaron ante el oficial del ejército alemán. El disco seguía girando siempre. Ambos conocían su melodía triste. La voz que

se elevaba era de una dulzura irreal. El oficial conversó toda la noche con el soldado. Este último se jugó el todo por el todo, explicó sus posiciones, su muerte certera, y puso su suerte en manos de su captor. El oficial lo dejó partir por la mañana. Y nunca dio el asalto. Regresó por el otro valle, dejándoles tiempo a los italianos para que se replegaran y pudieran escaparle. Es una historia de dulzura.

Índice

Esta segunda edición de *Potencia de la dulzura* se terminó de imprimir en los talleres de Nuevo Offset, Viel 1444, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina, en el mes de septiembre del año dos mil veintidós.




ISBN 978-987-88-0276-3

